

## LOS OTROS TEXTOS DE NIETZSCHE

A Sandro Barbera, a quien con tanto placer escuché hablar en Málaga sobre la amistad entre Overbeck y Nietzsche<sup>1</sup>.

«Overbeck es como persona y como estudioso el ser más serio, más abierto y más amable que puede desear uno como amigo»<sup>2</sup>.

Franziska Nietzsche, *Mi melancólica alegría. Cartas de la madre de Nietzsche a Franz e Ida Overbeck*, traducción del alemán y notas de María Jesús Franco Durán, presentación de Mariano Serrano Pascual, Madrid: Editorial Siete Mares, 2008. ISBN: 978-84-934966-3-0

Franz Overbeck, *La vida arrebatada de Friedrich Nietzsche*, edición y traducción de Iván de los Ríos, Madrid: Errata naturae editores, 2009. ISBN: 978-84-936374-8-4

Más allá del famoso *motto* utilizado por cierto provinciano que se entusiasmaba ante el genocidio de la Revolución francesa, a la que calificaba de progreso de la humanidad, y cuya doctrina moral tanto gustaba a los ideólogos de Auschwitz<sup>3</sup>, permítaseme hablar de mí mismo y comenzar con una experiencia personal bastante ilustrativa. Hace ya algunos años —más de los que me atrevo a confesar— comencé a estudiar a Nietzsche por mi cuenta dada la ausencia de cursos sobre este filósofo en la facultad de filosofía donde estudiaba. Así, fui poco a poco adquiriendo sus obras en español y en alemán y, a menudo, las llevaba conmigo a la facultad como eficaz antídoto ante determinadas clases. Y aquí empezaron a

1. En el marco del I Congreso internacional de la Sociedad Española de Estudios sobre Friedrich Nietzsche: Nietzsche y la cultura contemporánea, celebrado en Málaga del 3 al 5 abril de 2008 (sobre este importante congreso, véase *Estudios Nietzsche* 8 [2008], 223-225). Para una semblanza de Sandro Barbera, fallecido en 2009, el lector puede recurrir a las palabras de Giuliano Campioni en su escrito «Sandro Barbera (1946-2009). *In memoriam*», publicado en *Estudios Nietzsche* 9 (2009), 201-206.

2. «Overbeck ist der ernsteste freimüthigste und persönlich liebenswürdig-einfachste Mensch und Forscher, den man sich zum Freunde wünschen kann» (carta de Nietzsche a Rohde fechada en torno al 22 de febrero de 1873, en KGB II 3, 135. Trad. cast. de Marco Parmeggiani en CO II, 395).

3. Uno de los prejuicios más lamentables y que hace que uno tenga hasta que disculparse por leer sus obras es que Nietzsche fue el filósofo del Tercer Reich. Un mito sin fundamento en tanto que los supuestos Nietzscheanos como A. Rosenberg, A. Baeumler —y M. Heidegger si se quiere— no eran nadie en el cuadro de mando del NSDAP y, menos aún, del Reich, y cuando en realidad tanto los filósofos nombrados y los jefes nazis que planificaron la Shoah, así como los alemanes corrientes que la llevaron a cabo, se extasiaban leyendo a Kant, a Fichte y a Hegel, a quienes consideraban más alemanes, más cristianos, más nacionalistas y más antisemitas que el apátrida, pagano y crítico tanto del nacionalismo como del antisemitismo Friedrich Nietzsche.

surgir problemas, puesto que profesores y alumnos miraban extrañados y hasta con desconfianza a alguien que osaba llevar un libro de un filósofo a la facultad y que no sólo lo abría, sino que además se atrevía a leerlo, a subrayarlo e incluso a hacer anotaciones.

Sin embargo, esa extrañeza inicial dio pronto paso a preguntas absurdas y realmente inquietantes: que si era neonazi, que si no me gustaban las mujeres, que si era antisemita o que cómo es que «siendo Nietzscheano» me llevaba tan bien con algunos profesores que no ocultaban su fe católica. Pero si hubo una pregunta que se repetía una y otra vez con machacona insistencia era que cuál era «mi» Nietzsche; si el Nietzsche de Deleuze, si el Nietzsche de Vattimo, si el Nietzsche de Heidegger o el de cualquier otro intérprete de moda<sup>4</sup>. La verdad es que al principio reconozco que no sabía qué decir dando la sensación a mi interlocutor de que si no me decantaba por ningún intérprete era porque no entendía en absoluto a Nietzsche, que era un mero principiante. Pero más tarde aprendí que una respuesta sensata a esta pregunta era sacar un libro de Nietzsche de mi cartera y decir que «mi» Nietzsche era el de Nietzsche, aclaración que en el fondo servía de bien poco, ya que raras veces se entendía. De hecho, un día fue tal mi indignación que llevé a un compañero que se creía muy entendido en la materia a la estantería de la biblioteca donde estaban las obras y las cartas de Nietzsche tanto en sus ediciones originales como en distintas traducciones y le dije que cuando hubiese leído y entendido todo eso, quizás me interesaría saber qué dijeron otros sobre Nietzsche.

No hace falta decir que con el paso de los años me he dado cuenta de que esa ingenua declaración de independencia y de criterio es lo que más molesta al servil academicismo español y de que lo que entonces experimentaba ya lo había expresado de forma magnífica Arthur Schopenhauer en el prólogo a la segunda edición de *El mundo como voluntad e interpretación* respecto a la relación existente entre Kant y sus intérpretes<sup>5</sup>. Por tanto, poco ha cambiado mi postura en torno a la absoluta prioridad de los textos de Nietzsche sobre el de cualquiera de sus intérpretes y más aún teniendo en cuenta que si algo ha predominado en la historia de la recepción del pensamiento Nietzscheano, ha sido la utilización y tergiversación de su doctrina para ponerla al servicio de las más mezquinas ideologías.

Sin embargo, habría que introducir alguna matización en lo dicho, ya que podrían nombrarse una serie de textos que, sin ser de Nietzsche, tampoco se pueden situar en el ámbito de la en demasiadas ocasiones arbitraria interpretación. Nos referimos a los llamados «instrumentos de trabajo», término bajo el cual habría que situar documentos de muy diversa índole como, por ejemplo, biografías, cronologías, estudios sobre la historia de las ediciones de las obras de

4. Recientemente una alumna de doctorado me confesó que cuando le enseñó a un profesor de la Facultad de Filosofía de la Universidad de Barcelona la edición que preparé de *El Anticristo* en catalán (trad. de M. Jiménez, Barcelona: Llibres de l'Index, 2004, ed. rev. en 2008; véase la reseña de J. B. Llinares en *Estudios Nietzsche* 4 [2004], 245-248), obtuvo simplemente la siguiente frase como respuesta: «Este Nietzsche no nos interesa».

5. Gracias a este fantástico texto de Schopenhauer encontré otro argumento de peso frente a estos comentarios y es el de que una sola página de Nietzsche no sólo vale más que la mayor parte de las monografías escritas sobre él, sino que incluso sirve para anular muchas de las tesis de los supuestos grandes intérpretes.

Nietzsche, estudios sobre sus fuentes, índices, léxicos, etc. Es decir, textos que nos son de una ayuda fundamental a la hora de afrontar con un mínimo de rigor el estudio de cualquier aspecto de la vida o de la obra de Nietzsche<sup>6</sup>.

Y aún hay más. Existen determinados textos que, aunque tampoco provienen directamente de la pluma de Nietzsche, nos proporcionan sin embargo una valiosísima información acerca de su vida y de su obra. De hecho, son escritos que poseen tal contenido vivencial y están tan cercanos al filósofo que a mí me gusta llamarlos «los otros textos de Nietzsche». Un claro ejemplo lo constituyen las cartas entre terceros, es decir, la correspondencia mantenida entre personas que estuvieron cerca de Nietzsche, que le conocieron y que inevitablemente hablan de él ofreciéndonos riquísimos testimonios de su vida e incluso interpretaciones de su obra que resultan imprescindibles a la hora de su estudio. Otra importante categoría la constituyen los escritos que recogen las impresiones o memorias de los que le conocieron personalmente, es decir, los recuerdos sobre su vida, sobre su personalidad, así como las primeras reacciones e interpretaciones de su doctrina por parte de aquellos que compartieron parte de su vida con Nietzsche. Son, por tanto, fundamentales testimonios de primera mano sobre el hombre Nietzsche, así como un primer intento de comprensión de su doctrina filosófica a cargo de los más próximos a él.

Si nos centramos en la correspondencia entre terceros, observamos como hecho indiscutible que para estudiar la fortuna de la obra de Nietzsche tras su derrumbe psíquico de enero de 1889 hay que recurrir necesariamente a las cartas que se escribieron Franz Overbeck y Peter Gast, una correspondencia que no tiene precio en lo que se refiere a la abundancia de datos ofrecidos, que nos permite conocer detalles importantísimos sobre los hechos acaecidos a partir de enero de 1889<sup>7</sup> y gracias a cuya lectura podemos saber, por ejemplo, el motivo por el cual no se publicó el *Ecce homo*<sup>8</sup>. Con este ejemplo no sólo constatamos la importancia de este epistolario, sino que durante la discusión sobre la conveniencia o no de publicar la famosa y polémica autobiografía de Nietzsche observamos también la profunda diferencia de caracteres entre el impulsivo y a veces irreflexivo Peter Gast y el prudente y modesto hasta el extremo Franz Overbeck.

6. Una exposición de los principales instrumentos de trabajo sobre Nietzsche publicados durante los últimos años puede verse en las pp. 222-223 de este número de *Estudios Nietzsche*.

7. De hecho, Mazzino Montinari no tuvo sino que reconocer la inestimable importancia de esta correspondencia para la investigación Nietzscheana. Véase la nota 33, pp. 400-401 de su magnífico estudio «Ein neuer Abschnitt in Nietzsches *Ecce homo*» publicado en *Nietzsche-Studien* 1 (1972), 380-418, artículo recogido en su libro *Nietzsche lesen*, Berlin/New York: Walter de Gruyter, 1982, pp. 120-168 (para el comentario sobre la correspondencia entre Overbeck y Gast, véase la p. 145, nota 33). Por suerte, la correspondencia entre ambos amigos de Nietzsche se encuentra magníficamente editada en alemán desde hace unos años. Véase Franz Overbeck y Heinrich Köselitz [Peter Gast], *Briefwechsel*, ed. y comentario de D. M. Hoffmann, N. Peter y T. Salfinger, Berlin/New York: Walter de Gruyter, 1998 (Supplementa Nietzscheana, vol. 3). Como no podía ser menos, ya al final de la primera página de la introducción se citan las mencionadas palabras de Montinari sobre la importancia de este epistolario (ed. cit., p. XIX).

8. Un resumen del interesante debate que se produjo entre Overbeck y Gast en torno a la conveniencia o no de la publicación de esta obra puede leerse en las pp. 171-174 de nuestro estudio «*Ecce homo* (Turín 1888 – Leipzig 1908). Historia de una ocultación», publicado en *Estudios Nietzsche* 8 (2008), 167-191.

De hecho, esta diferencia entre Gast y Overbeck a la hora de enfrentarse al legado de Nietzsche se manifestó también en lo referente al tratamiento de su persona, pues es el propio Gast quien ya el 29 de octubre de 1892 incitó a Overbeck a que hiciera una exposición de sus vivencias con el filósofo. Es más, para Gast esto era un deber de Overbeck para con las generaciones futuras, ya que él tuvo el privilegio de conocerle y, por tanto, debía ser él el encargado de transmitir el testimonio sobre el gran hombre que fue Nietzsche. No hace falta decir que Overbeck se negó, pero un año después, el 29 de septiembre de 1893, Gast volvió a insistir aludiendo en esta ocasión a que él era el único capaz de retratar al hombre Nietzsche y que lo haría con una mayor exactitud y rigor de lo que podría hacerlo él mismo o incluso Elisabeth, quien había regresado ya de Paraguay y pretendía escribir una biografía de su hermano. Como era de esperar, de nuevo el prudente Overbeck elude la cuestión manteniendo el recuerdo de la amistad como algo estrictamente privado.

Sin embargo, dos fueron los motivos que animaron a Overbeck a iniciar en 1898 la tarea que le había impuesto años atrás Peter Gast y a comenzar a redactar bajo distintos epígrafes sus vivencias con el filósofo, a pesar de su lamento de no haber recopilado anteriormente sus recuerdos en un cuaderno o en un diario. El primer motivo responde a algo puramente personal tal y como se puede observar en un plan de trabajo fechado a finales de marzo de 1897 y en el que, entre otras tareas a realizar de cara a su ya inminente jubilación, Overbeck se propone hablar de sus «amigos Treitschke, Nietzsche y Rohde». El otro motivo tiene que ver con la aparición en escena de Elisabeth, quien, tras su regreso definitivo de Paraguay en septiembre de 1893, inmediatamente se propuso, con éxito, hacerse dueña del legado de su hermano enfermo y se constituyó como la única persona con legitimidad tanto para hablar de su vida como para editar su obra. Es más, ya en noviembre se conocían sus planes de hacer una nueva edición de las obras de Nietzsche e incluso de escribir una biografía y, como decía, si para lo primero podía requerir alguna ayuda o consejo de personas versadas en filosofía, no había nadie mejor que ella para hablar de la vida de su hermano.

Pero una cosa es la modestia y otra muy distinta la cobardía, y el teólogo desde el principio nunca vio con buenos ojos las pretensiones de Elisabeth. Cualquier lector de Nietzsche ya sabrá el terrible contenido del pasaje sobre Elisabeth que se encuentra al inicio de una carta escrita a su amigo en navidad de 1888 y que constituyen el *background* del famoso apartado sobre la madre y la hermana censurado en el *Ecce homo* y restituido únicamente en la edición Colli-Montinari<sup>9</sup>. Con estos antecedentes, es más que comprensible que Overbeck observara con desconfianza las maniobras de Elisabeth y que la ruptura entre ellos llegase ya en enero de 1894. Ahí puede fecharse, si se quiere, el inicio del posteriormente conocido como conflicto entre la tradición de Weimar, sede del Archivo-Nietzsche desde 1896 y lugar desde el cual Elisabeth ejercía su indiscutible monopolio sobre el legado de su hermano, y la tradición de Basilea, representada por Franz

9. Curiosamente estas primeras frases fueron eliminadas en la edición que del epistolario entre Nietzsche y Overbeck editaron Richard Oehler y Carl Albrecht Bernoulli (Leipzig: Insel, 1916, p. 450). Fue Karl Schlechta el primero en restituir el texto censurado en la p. 1345 del tercer volumen de su edición de las obras de Nietzsche (München: Carl Hanser, 1956). Actualmente este párrafo contra Elisabeth puede leerse en KGB III 5, p. 549.

Overbeck y, tras la muerte del teólogo en 1905, por su esposa Ida y por su discípulo Carl Albrecht Bernoulli<sup>10</sup>.

Por tanto, como muy bien dice Barbara von Reibnitz en la magnífica introducción que realiza al volumen de las obras completas de Overbeck publicado en 1999 por la editorial Metzler y en el que se recogen la totalidad de las anotaciones que el teólogo hizo sobre Nietzsche<sup>11</sup>, la génesis de éstas ha de situarse principalmente como reacción a la actividad editora y propagandística de Elisabeth (p. XXVII). Unas anotaciones que pueden dividirse en dos series que tienen unas características bien determinadas. La primera serie se sitúa cronológicamente entre el año 1898 y finales de septiembre de 1901 y son un conjunto de páginas numeradas de la 1 a la 110, en las que Overbeck, bajo distintos epígrafes, hace toda una serie de consideraciones sobre Nietzsche. No se trata de unas memorias en toda regla, con un afán de ofrecer una perspectiva global de Nietzsche, sino más bien una serie de impresiones sobre él, unos textos que en todo caso consideraba como un apéndice a las cartas que había recibido de Nietzsche, unos preciados documentos que por fortuna retuvo y que en muchas ocasiones, como es obvio, le servían como apoyo a la hora de recordar hechos, motivando así algunas de sus reflexiones. Todo ello, con la manifiesta intención no de sacarlas inmediatamente a la luz pública ni de entrar en debate alguno, sino que, en todo caso, todo ese material debía ser publicado tras su muerte, para lo cual el teólogo pensaba en Peter Gast como la persona más indicada para la edición de sus impresiones sobre Nietzsche.

Desgraciadamente las pretensiones de Overbeck chocaron contra la terrible realidad que supuso la servil actitud de Gast. Una cosa era que éste entrase en otoño de 1899 en el Archivo Nietzsche con la excusa de ordenar y editar el legado musical del filósofo y otra muy distinta su sometimiento total a Elisabeth. Patético debió ser para el teólogo de Basilea ver cómo Gast se vendía a la hermana de Nietzsche, cómo le rendía los más elevados honores en la introducción al primer volumen de la edición de las cartas publicado en 1900 y cómo incluso en diciembre de ese mismo año se había ofrecido a hacer de mediador entre él y Elisabeth en busca de una reconciliación a todas luces tan imposible como absurda. Ante esta situación, Overbeck decidió prescindir de Gast como el futuro editor póstumo de sus *Nietzscheana* y crear su propio archivo Nietzsche. En él incluía lo más valioso que tenía de su ya fallecido amigo, es decir, sus cartas, unos textos que se había negado a entregar a Elisabeth, ya que no era ella la persona más indicada para hacer una edición de la correspondencia entre ambos. Así pues, tanto esas cartas como las anotaciones y reflexiones a raíz de las mismas y otros materiales relacionados con Nietzsche fueron donados a la biblioteca de la Universidad de Basilea con la condición de que no se hicieran públicos hasta pasados 20 años después de su muerte.

10. La famosa distinción entre estas dos tradiciones o centros del Nietzscheanismo durante más de medio siglo fue introducida por Charles Andler en 1921 mediante una larga nota justo al comienzo del segundo volumen de su monumental obra sobre Nietzsche (*Nietzsche. Sa vie et sa pensée*, 6 vols., Paris: Gallimard, 1920-1931; pp. 257-258, en la edición en tres volúmenes que se hizo en 1958). Para esta cuestión, véase el imprescindible estudio de D. M. Hoffmann, *Zur Geschichte des Nietzsche Archivs*, Berlin/New York: Walter de Gruyter, 1991 (Supplementa Nietzscheana, vol. 2), pp. 94-96.

11. F. Overbeck, *Werke und Nachlaß 7/2. Autobiographisches «Meine Freunde Treitschke, Nietzsche und Rohde»*, ed. de B. von Reibnitz y M. Stauffacher-Schaub, Stuttgart/Weimar: J. B. Metzler, 1999.

La segunda serie —considerada como independiente de la primera repitiéndose incluso algunos de los epígrafes que ya habían sido redactados— contiene textos escritos entre el 28 de octubre de 1901 y el 10 de mayo de 1905. La última anotación, que trata sobre Nietzsche y Spitteler, la encontramos fechada, por tanto, un mes y medio antes de la muerte del teólogo (26 de junio), un dato que indica hasta qué punto Overbeck estaba inmerso en la tarea de dejar constancia de sus impresiones sobre Nietzsche. Y si Overbeck estuvo hasta casi el día de su muerte con estas cuestiones es por el hecho de que ya no se trataba de simples impresiones, sino que aquí el teólogo ya toma una clara posición frente a las interpretaciones que en aquel momento se estaban dando de torno a la vida y a la obra de Nietzsche. Evidentemente que aún encontramos en esta segunda serie textos de contenido autobiográfico y que sirven para que Overbeck, a través de las vivencias compartidas con Nietzsche, se explique a sí mismo, igual que lo hace, por ejemplo, en la introducción a la segunda edición de *Ueber die Christlichkeit unserer heutigen Theologie* (1903)<sup>12</sup>. Sin embargo, la mayor parte de las anotaciones de este periodo tienen un claro carácter reactivo y de nuevo es Elisabeth la culpable, pues con la edición de los respectivos volúmenes de las cartas de Nietzsche y, sobre todo, con la publicación del último volumen de la biografía de su hermano<sup>13</sup>, el nombre de Overbeck había salido a la palestra y ya la amistad entre ambos, hasta ese momento mantenida como privada, se había convertido en pública. De ahí, pues, que el teólogo hiciera un esfuerzo por retener en lo posible la memoria del amigo vivo, del Nietzsche que conoció frente a las mistificaciones de Elisabeth, frente a su imparable arrogancia que le hacía pronunciarse sobre temas de los que no tenía ni idea y tocar aspectos de la vida de su hermano que desconocía totalmente. Pero no sólo contra la hermana se posiciona en estos años Overbeck, sino también contra la ya abundante literatura secundaria que sobre Nietzsche empezaba a publicarse en Alemania y que en la mayoría de los casos hablaba de aquello que no entendía, es decir, de Nietzsche.

En total, pues, disponemos de 144 artículos, 53 de la primera serie y 91 de la segunda, que ocupan un total de 297 folios en el que se abordan muchísimas y muy variadas temáticas referentes a la vida de Nietzsche, donde hay un en-

12. Bellísimo testimonio de la amistad que Overbeck sentía por Nietzsche son las palabras que le dedica a éste en las pp. 13-19 de la introducción a la segunda edición de su *Ueber die Christlichkeit unserer heutigen Theologie*, en las que recuerda la génesis del escrito y lo mucho que éste le debe a Nietzsche. De hecho, como se sabe, Nietzsche se refería a la obra de Overbeck y a su primera *Consideración intempestiva* (DS) como escritos gemelos (redactados al mismo tiempo y publicados el mismo año por el mismo editor) y como tales los menciona Nietzsche en unos preciosos versos que le escribió a Overbeck en el ejemplar que de la primera *Consideración intempestiva* le dio al teólogo; versos que Overbeck no podía sino reproducir en esta introducción (p. 18 de la segunda edición; p. 271 en el primer volumen de las Obras completas de Franz Overbeck publicadas por la editorial Metzler, 1994). Sí, estas obras tuvieron dos padres, Nietzsche y Overbeck, y una madre, una madre llamada *amistad* «Zwei-Väterwerk! Ein Wunder war's! / Die Mutter doch des Zwillingspaars / Freundschaft ist sie geheissen!». Es más, el propio Overbeck se referirá más tarde en sus *Erinnerungen* a estas páginas dedicadas a Nietzsche como un tímido intento de «elaborar un semblante de Nietzsche lo más conciso y certero posible» (p. 77 de la trad. española; p. 231 en *Die neue Rundschau*).

13. Para su desgracia, Overbeck pudo comprobar cómo Elisabeth llevó a cabo su objetivo de realizar una biografía de Nietzsche bajo el título de *Das Leben Friedrich Nietzsche's* (Leipzig: C. G. Naumann). El primer volumen se publicó en julio de 1895, mientras que el segundo, en dos partes, salió a la luz en diciembre de 1896 y el 15 de octubre de 1904 (sesenta aniversario del nacimiento de Nietzsche), respectivamente.

frentamiento con algunos de sus primeros intérpretes y, en especial, eso hay que recalcarlo, donde Overbeck intenta dejar para la posteridad y sobre todo para sí mismo el recuerdo del hombre Nietzsche analizando la profunda amistad que le unió al filósofo<sup>14</sup>.

Por fortuna el lector interesado en Nietzsche no ha tenido que esperar hasta 1999 para conocer, o al menos tener cierta idea, del contenido de las impresiones de Overbeck sobre Nietzsche, pues éstas no quedaron en absoluto en el olvido en la biblioteca de la Universidad de Basilea, sino que cuando aún no había pasado ni un año de la muerte del teólogo, su discípulo Carl Albrecht Bernoulli<sup>15</sup> —a quien en agosto de 1904 Overbeck había designado heredero de su legado científico— elaboró y publicó un resumen de las mismas bajo el título de *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche* en la famosa revista berlinesa *Die neue Rundschau*, en los números de febrero y marzo de 1906 (pp. 209-231 y 320-330, respectivamente)<sup>16</sup>. Dos años más tarde, el propio Bernoulli utilizó lo ya publicado e incluso añadió otros textos en la redacción de los dos volúmenes de su monumental y polémica obra *Franz Overbeck und Friedrich Nietzsche – Eine Freundschaft* (Jena: Eugen Diederichs, 1908)<sup>17</sup>. Por tanto, ha sido el famoso *textcollage* de Bernoulli, muy bien hecho por cierto, lo que ha permitido al lector interesado en Nietzsche,

14. La lista de los 144 artículos puede verse en las páginas LIII-LVII del ya citado volumen de las Obras completas (el texto ocupa las pp. [22]-221). Ahí el lector puede observar la gran cantidad de temáticas que Overbeck aborda, así como el tratamiento por parte del teólogo en la segunda serie de algunas cuestiones que ya habían merecido su correspondiente epígrafe en la primera.

15. El teólogo suizo Carl Albrecht Bernoulli (1868-1937) estudió teología en Basilea, donde tuvo como profesor a Franz Overbeck. De alumno pasó a discípulo y amigo, llegando a convertirse en su editor póstumo. A Bernoulli se debe, por ejemplo, la obra *Christentum und Kultur. Gedanken und Anmerkungen zur modernen Theologie*, Basilea, 1919 (1963), que puede considerarse como el compendio del pensamiento overbeckiano. Testimonio del aprecio que sentía Overbeck hacia Bernoulli son las palabras que el teólogo escribió para su discípulo y que constituyen la dedicatoria, así como el prólogo a la segunda edición de su *Ueber die Christlichkeit unserer heutigen Theologie* (1903). Para la relación entre Overbeck y Bernoulli, véase A. Pfeiffer, *Franz Overbecks Kritik des Christentums*, Göttingen, 1975, pp. 25-78.

16. De la recopilación llevada a cabo por Bernoulli hay edición tanto en francés (*Souvenirs sur Friedrich Nietzsche*, trad. del alemán de J. Champeaux, París: Allia, 1999), como en italiano (*Ricordi di Nietzsche*, ed. de C. Angelino, Genova: Il nouvo melangolo, 2000).

17. Como se sabe, la publicación de esta obra —toda una declaración de guerra al monopolio ejercido desde Weimar sobre la vida y la obra de Nietzsche por parte de la hermana— trajo consigo que Elisabeth utilizara al por aquel entonces títtere Peter Gast para que, tras un proceso judicial, éste consiguiese que se cubriesen con tinta negra los numerosos pasajes que de las cartas enviadas por él a Overbeck había utilizado Bernoulli en el segundo volumen. Al parecer en la actualidad sólo se conservan unos 11 ejemplares sin censurar. Uno de ellos, el que se encontró en la biblioteca de la Universidad de Jena, sirvió a Mazzino Montinari para ofrecer los textos censurados en su artículo «Die geschwätzten Stellen in C. A. Bernoullis: *Friedrich Nietzsche und Franz Overbeck. Eine Freundschaft*»: *Nietzsche-Studien* 6 (1977), pp. 300-328. Otro ejemplar no censurado es el que Eva Bernoulli, hija del autor, prestó a Curt Paul Janz para la realización de la biografía de Nietzsche tal y como éste reconoce en el epílogo de la obra *Friedrich Nietzsche*, versión esp. de J. Muñoz e I. Reguera, Madrid: Alianza, vol. 4, 1985, p. 351 (pp. 446-447 del tercer volumen de la edición alemana, Wien: Carl Hanser, 1979, 2.ª ed. rev., 1993). Finalmente, para una detallada exposición de conjunto sobre la polémica que esta obra provocó, véase el magnífico trabajo de U. Diederichs, «Kampagne um Nietzsche. Zur Entstehungs- und Wirkungsgeschichte von C. A. Bernoullis *Franz Overbeck und Friedrich Nietzsche. Eine Freundschaft* (1908)», en *Buchhandelsgeschichte. Beilage zum Börsenblatt für den Deutschen Buchhandel* 76, 23 de septiembre de 1994, pp. 96-112 (pp. 109-110 para la cuestión de los ejemplares sin censurar de los que se tiene constancia).

y también en Overbeck, conocer gran parte de las anotaciones que hizo el teólogo sobre su amigo caído en desgracia. Una ordenación de textos arbitraria y que en absoluto respondía a un interés puramente académico, sino que con ella Bernoulli pretendía hacer frente a los continuos ataques que Overbeck, sobre todo después de su muerte, sufrió desde Weimar por parte de Elisabeth, quien acusaba al teólogo, entre otras cosas, de haber perdido ni más ni menos que los manuscritos de la por Nietzsche proyectada *Transvaloración de todos los valores*. Una selección, por tanto, *ad hoc*, pero no por ello menos carente de interés, ya que nos ofrece un texto riquísimo tanto en temática como en contenido.

«Nietzsche war kein im eigentlichen Sinne großer Mensch» (Nietzsche no fue propiamente hablando un gran hombre) (p. 21)<sup>18</sup>. Con esta contundente y demoleadora afirmación, que sacaría de sus casillas a todo fanático Nietzscheano, comienza el texto de las *Erinnerungen* y la verdad es que si la intención de Bernoulli era hacer un escrito contra la imagen idílica e incluso heroica que Elisabeth daba de su hermano, no se podía empezar de mejor manera. Y no sólo encontramos en el texto esta crítica, sino muchas más: que tenía un carácter violento (p. 22); que poseía cualidades muy poco angelicales (p. 28); que carecía de todo sentido del humor (pp. 28-29); que nunca creyó en sí mismo, en su genio, y que las extravagancias más extremas de su autoconsciencia no eran sino testimonios de las dudas que roían su corazón (p. 31); que carecía del esfuerzo y refinamiento de la propia personalidad (p. 32); que poseía una ambición fogosa y una arrogancia excesiva (pp. 34 y 80); que su optimismo era el de un desesperado (p. 40); que el eterno retorno y el superhombre no son otra cosa que derivaciones de su pasión por lo extremo (pp. 41-43); que ninguno de sus más destacados pensamientos es fundamentalmente nuevo e inaudito (p. 43); que es demasiado retórico, que en sus escritos hay mucha autorreflexión (p. 62), y que critica a sus amigos (pp. 78, 82, 83).

Sin embargo, también encontramos grandes elogios por parte de alguien que ya al inicio afirma que ama a Nietzsche y nunca dejará de amarle (p. 22). Pero hay más, pues también le califica como de portento ante el cual se inclinó una y otra vez y no se arrepiente de haberlo hecho (p. 25); dice que en muchos de sus hábitos era el hombre más ordenado que jamás había conocido, que se imponía a sí mismo una dureza extraordinaria y que tenía en sí mismo mucho de hombre ejemplar (p. 26); que admira el heroísmo con el que Nietzsche venció su precocidad (p. 27); que admira el olfato para percibir el valor de personas y libros sin llegar a tener un conocimiento exhaustivo de ellos (p. 30), y que estaba hecho como pocos seres humanos para el sentimiento de la amistad (p. 77).

Hay, sin embargo, cualidades que aunque parezcan positivas, acaban perjudicando a quien las posee. Por ejemplo, tras la primera frase ya citada, Overbeck nos dice que Nietzsche tenía el más extraordinario de los talentos, el don del análisis psicológico, pero que el problema fue que lo aplicó a sí mismo de forma autodestructiva (p. 21). Más adelante, llega a decir que Nietzsche era un genio, que su genialidad residía en sus dotes como crítico, algo que lo aplicó a sí mismo de manera letal (p. 32). Así es como el teólogo de Basilea explica la locura de Nietzsche, algo que no podía dejar de tratar teniendo en cuenta los rumores y

18. Si no indicamos lo contrario, la paginación entre paréntesis corresponde a la edición española.



las hipótesis que circulaban por la época. No era algo hereditario, como dijeron los médicos y temía incluso el propio Nietzsche remitiéndose a lo que le pasó a su padre (p. 34), no era algo producido por el exceso de trabajo, como dirían su madre y posteriormente su hermana. No, la locura de Nietzsche está causada por la autodestrucción, esa «catástrofe certera y fulgurante» (p. 33) no era sino el resultado de su modo de vida, no nació con él, sino que fue él quien se la infundió a sí mismo (p. 35).

Pero no sólo se habla en estas *Erinnerungen* de la locura de Nietzsche y de su posible origen, sino que Bernoulli rescata de entre los apuntes de Overbeck otros temas como el episodio con Rosalie Nielsen (pp. 22-24); la relación de Nietzsche con la soledad (pp. 43-45); la cuestión del supuesto origen polaco de Nietzsche (pp. 45-47); su relación con el antisemitismo (pp. 47-53); su anticristianismo (pp. 53-60); la relación con Pascal (pp. 60-62); con Herder (p. 63); con Proudhon, lo que le da pie a hablar también de Rousseau (pp. 64-66); la cuestión de si Nietzsche leyó o no leyó a Stirner (pp. 67-69); la relación con Burckhardt (pp. 69-75, donde aborda también el momento de la manifestación de la locura de Nietzsche, pp. 70-72, y el encuentro entre el viejo profesor y Elisabeth en el verano de 1895, pp. 72-74); la amistad con Heinrich von Stein (75-77) y con Rohde (pp. 78-87, momento en el que Overbeck aprovecha para hacer comparaciones entre esta amistad y la que le unió a Nietzsche). Como no podía ser menos, se recogen aquí también algunas reflexiones sobre la relación entre el teólogo y Nietzsche (pp. 88-93), aunque ya antes se habían dado algunos apuntes reveladores. Por ejemplo, en la p. 22 había hablado de que aquello que dominaba a Nietzsche era el anhelo de grandeza, la ambición en el combate de la vida, algo que faltaba totalmente en él (casi lo mismo puede leerse en la p. 80). En la p. 26, Overbeck destaca otro aspecto en el cual eran antípodas, y es el hecho de que Nietzsche «se prestó atención a sí mismo hasta la extravagancia». Sin embargo, el teólogo piensa que a pesar de ello él ha llegado a ser el más feliz de los dos (lo mismo se dice en la p. 88). Ahora bien, en estas páginas consagradas a la amistad entre ambos, Overbeck destaca sobre todo la privacidad de esa relación, una amistad que aunque no fue sencilla por ninguna de las dos partes, siempre permaneció libre de toda sombra. Confiesa que desde muy pronto fue su amigo sincero y apasionado, su admirador, pero nunca su adepto, como por otro lado no lo fueron ninguno de sus amigos. Sólo los allegados de Overbeck sabían perfectamente la profunda amistad que le unía al filósofo, nadie más. Esa amistad no era un asunto público. Pero además del hecho de que Nietzsche no se había portado nunca con él de forma descortés, el teólogo puede afirmar que a pesar de las críticas del filósofo a sus amigos por no ser sus adeptos, «tengo la más firme convicción de que Nietzsche, desde el primer momento, ha sentido por mí un afecto sincero que ha perdurado hasta los días en que su espíritu se hallaba nublado» (p. 92).

El final de estas *Erinnerungen* son unas bellísimas páginas que constituyen todo un monumento a la amistad que unió a Overbeck con Nietzsche. Aquí, en las pp. 93-101, se recogen las desgarradoras impresiones de las cuatro últimas veces que Overbeck vio a Nietzsche, todas ellas ya con su amigo enfermo. El primer encuentro se produce en Turín, el 8 de enero de 1889, cuando el teólogo va a rescatar a su amigo tras la visita de Burckhardt con la delirante carta escrita por Nietzsche y recibir él mismo una del mismo estilo. Lo que allí ve es terrible de

contar para Overbeck, sólo puede relatar el momento en el que, al verle, Nietzsche se arroja a sus brazos llorando, mientras repite una y otra vez el nombre del amigo. El segundo encuentro se produce en Basilea la tarde del 17 de enero de 1889, cuando tras pasar Nietzsche varios días internado en la clínica psiquiátrica de la ciudad, Overbeck puede despedirse de él en la estación de tren, pues la madre se lleva al amigo enfermo a Jena. Un nuevo abrazo emotivo, tembloroso y nervioso de Nietzsche, quien le dice entre gemidos que él ha sido la persona a la que más ha querido a lo largo de su vida.

El tercer encuentro tiene lugar ya en Jena durante los días 23-25 de febrero de 1890. El tiempo pasado en el psiquiátrico de la ciudad parecía haber liberado a Nietzsche del delirio, pero su comportamiento sigue siendo extraño y nada normal. De hecho, cuando se encuentra al filósofo enfermo en la casa que la madre había alquilado en la ciudad, éste reacciona como si no hubiese pasado nada. Por suerte, las autoridades del psiquiátrico dan permiso a Overbeck para sacar a su amigo del centro y así ambos pueden almorzar juntos, pasear y conversar libremente. No hace falta decir que Overbeck, aunque lo ve mejor que en Turín y que en Basilea, no es nada optimista respecto al estado de Nietzsche. Son escasos sus momentos de lucidez, tiene problemas para recordar lo que pasó tras los días de enero de 1889 en los que se manifestó su locura, no habla de sí mismo, no menciona sus obras y ni siquiera sus proyectos literarios interrumpidos tras la catástrofe de Turín, se muestra dócil como un niño... A pesar de este panorama nada esperanzador, Overbeck no puede dejar de considerar este tercer encuentro desde la enajenación mental del filósofo como un signo de la persistencia de la amistad de Nietzsche hacia él. Sin embargo, «¡qué cambio tan horrible se había operado en Nietzsche desde 1900!». Así se expresa el teólogo ante la cuarta visita, esta vez en Naumburg, donde la madre le había llevado para cuidarle como sólo una buena madre puede cuidar a su hijo en una situación semejante. Este cuarto encuentro tuvo lugar el 24 de septiembre de 1895 y las horas que pasó en la casa de la madre de Nietzsche no pudieron ser más desalentadoras. Nietzsche ni se movió del sillón, ni le dirigió la palabra, su mirada quebrada parecía además parcialmente hostil y para colmo Overbeck se quedó con la duda sobre si incluso llegó a reconocerle. De hecho, llega a afirmar que «tuve la impresión de estar ante un animal moribundo y noble que se refugia en un rincón a esperar la muerte» (p. 101).

Y si alguien tenía alguna duda sobre el motivo y la intención de la compilación realizada por Bernoulli o de la postura de Overbeck, sólo hace falta leer las páginas finales (pp. 101-103), en las que el teólogo habla de la muerte de su amigo el 25 de agosto de 1900 y cómo él no pudo ir ni siquiera al entierro «por el muro que el Nietzsche-Archiv había interpuesto entre Nietzsche y yo, incluso mientras él vivía» (p. 102). Pero aún hay más y ahí iba el mensaje directo a Elisabeth y a todo ese cortejo de seguidores tan entusiastas como ignorantes que pretendían hacerse dueños del legado del filósofo desde «un archivo erigido sobre su tumba, incluso antes de que estuviera cerrada»: «Nietzsche es el hombre junto al que he respirado con mayor libertad [...] Su amistad ha sido demasiado importante para mí como para sentir el deseo de contaminarla con exaltaciones póstumas. Yo he querido al hombre, al hombre que vivió su vida. Se puede amar también su legado, pero esto sólo colmará a quienes no posean nada más» (p. 102).

Por último, dos cuestiones de interés sobre el hombre Nietzsche. En la p. 69 Overbeck nos informa del carácter selectivo de Nietzsche a la hora de dar infor-

mación sobre lo que realmente estaba pensando y pone como ejemplo que ya en los años 1874-1875 le había expresado opiniones sobre Wagner que anticipaban lo que más de diez años después aparecería en *El caso Wagner*. El teólogo también nos llama la atención (pp. 74-75) sobre una característica de Nietzsche que tiene relación con lo dicho anteriormente. Según Overbeck, la cartas de Nietzsche eran cartas *ad hominem*, es decir, que tanto por el tono como por la temática se podía adivinar a quién estaban dirigidas. De ahí, pues, que fuese un claro signo de locura el que Burckhardt recibiese el 6 de enero de 1889 una carta tan impersonal. Pero más allá de las opiniones de Overbeck sobre estas u otras cuestiones, si hay un texto que quizás habría que destacar de estas *Erinnerungen* y que indica mejor que ningún otro la actitud del teólogo ante Nietzsche, el sentido de sus anotaciones e incluso el motivo por el cual actuó con firmeza, pero sin escándalos, frente a las pretensiones de Elisabeth es el siguiente:

Nietzsche era mi amigo y siempre lo fue. En cuanto tal, constituía un bien personal que, como mucho, me sentía conminado a proteger de manera especial contra las exigencias de los otros. Nietzsche ha sido probablemente el hombre más extraordinario que he conocido a lo largo de mi vida, y siguió siéndolo cuando las masas comenzaron a tener una opinión sobre su singularidad. Por ello me resultaba completamente indiferente hasta qué punto esa opinión de las masas se ajustaba a su persona. Desde luego, la última ocupación a la que me sentía llamado en mi amistad con Nietzsche era la de enmendar y adoctrinar a la opinión pública en cualquier sentido, tanto si denigraba a Nietzsche como si lo exaltaba. Ante semejante labor siempre he experimentado una repulsión creciente. La gratitud que siento hacia Nietzsche por todo lo que me ha permitido vivir es certera e indeleble, pero va dirigida únicamente a él y a las vivencias que hemos compartido, en ningún caso al sosias que ha podido representar en la imaginación de los demás (pp. 90-91)<sup>19</sup>.

Por tanto, puede decirse que estas anotaciones sobre Nietzsche, se esté o no de acuerdo con algunas de las opiniones ahí vertidas por el teólogo, son todo un monumento de la amistad que Overbeck siempre sintió por él. Una amistad que se manifiesta también de forma clara y sin tapujos en las cartas que le escribió a Peter Gast y de cuya importancia ya hemos hablado. Pero éste no es el único caso en el que una correspondencia entre terceros se convierte en una valiosísima fuente de información, pues si el epistolario entre Overbeck y Gast es imprescindible a la hora de hacerse una idea de la fortuna de la obra de Nietzsche, las cartas que la madre de Nietzsche envió al matrimonio Overbeck son el testimonio de primera mano de cómo fue la vida del filósofo durante sus primeros ocho años de enfermedad<sup>20</sup>. Es más, el propio Overbeck reconoce en sus *Erinnerungen*

19. Se trata de un texto de la primera serie, fechado en 1900, que actualmente puede leerse en la p. 84 de la edición publicada por Metzler y que Bernoulli había recogido en la p. 325 de las *Erinnerungen*.

20. Como acertadamente señaló Stefan Zweig, «a partir de estas anotaciones de una mujer sencilla y no instruida sabemos más sobre el hundimiento y la muerte de este gran espíritu de la pasada generación que a partir de todos los documentos clínicos y eruditas disertaciones», en «Mater Dolorosa. Die Briefe von Nietzsches Mutter an Overbeck», en *Neues Wiener Tagblatt*, 21 de diciembre de 1937, pp. 2-3. Actualmente puede leerse en S. Zweig, *Gesammelte Werke in Einzelbänden. Zeiten und Schicksale. Aufsätze und Vorträge aus den Jahren 1902-1942*, ed. de K. Beck, Frankfurt a.

que la principal fuente sobre el estado de su amigo eran las cartas que recibía de la madre (p. 100). De hecho, muchas de sus reflexiones, así como de sus actuaciones y actitudes fueron motivadas por la información que puntualmente la madre de Nietzsche le remitía, primero desde Naumburg, después desde Jena y finalmente de nuevo desde Naumburg<sup>21</sup>.

En lo referente a la fortuna de estos documentos hay que decir que fueron magníficamente editados en 1937 por Erich Friedrich Podach, quien ya los había utilizado años antes<sup>22</sup> con motivo del centenario del nacimiento de Franz Overbeck<sup>23</sup>. Se trata de un total de 68 cartas de la madre enviadas a Franz Overbeck, a su esposa Ida o, en su mayor parte, a ambos<sup>24</sup>, comprendiendo el periodo que va desde el 19 de enero de 1889 hasta principios de abril de 1897, es decir, muy pocos días antes del fallecimiento, el 20 de abril, de Franziska Nietzsche. No es casual en absoluto ni la fecha ni el motivo de la primera de esas cartas. El 6 de enero de 1889, como muy bien relataba Overbeck, Burckhardt le visita llevándole una carta delirante que había recibido de Nietzsche. Ambos la leen y se dan cuenta de que hay un problema, sensación que se agudiza cuando Overbeck recibe otra carta de ese estilo al día siguiente. La acción a tomar está clara tras la consulta con el doctor Ludwig Wille de la clínica psiquiátrica de Basilea: el teólogo ha de ir urgentemente a Turín para auxiliar a su amigo, quien sin duda ha perdido el juicio. Allí llega el día 8 y ve ese terrible espectáculo que se negó a contar en su momento a Peter Gast y del cual tampoco se extiende en sus anotaciones. De hecho, es imperativo sacar a Nietzsche de allí antes de que acabe en un psiquiátrico italiano, que no gozaban de muy buena fama por aquel entonces. Así pues, el 10 de enero ya está con su amigo en Basilea, quien le interna en la clínica psiquiátrica de la ciudad. Tras ser informada el mismo día 10 por el fiel amigo sobre la situación, el 13 de enero aparece en Basilea Franziska Nietzsche, quien se aloja en casa de los Overbeck, visita a su hijo el día 14<sup>25</sup> y ya el 17 decide

M.: Fischer, 1990, pp. 317-324 (hay trad. cast. en S. Zweig, *Tiempo y mundo*, Barcelona: Juventud, 1959, pp. 39-45). Para lo aquí citado, véanse las pp. 323-324 de la edición de Knut Beck.

21. Para un conocimiento en detalle sobre estos años, véase, por ejemplo, la ejemplar biografía de Curt Paul Janz, *Friedrich Nietzsche*, versión esp. cit., vol. 4, pp. 9-140 (pp. 9-180 del tercer volumen de la ed. alemana cit.), así como la magnífica y documentada cronología que hace D. M. Hoffmann en *Zur Geschichte des Nietzsche-Archivs*, cit., pp. 3-33. Como no podía ser de otra manera, las fuentes principales tanto para Janz como para Hoffmann son la correspondencia entre Overbeck y Gast y, por supuesto, las cartas que la madre de Nietzsche envió a los Overbeck.

22. En su obra *Gestalten um Nietzsche*, Weimar: Erich Lichtenstein, 1932, Podach ya había publicado fragmentos de las cartas de la madre de Nietzsche a Overbeck a la hora de caracterizar a la propia madre y cuando aborda la figura de Julius Langbehn.

23. *Der Kranke Nietzsche. Briefe seiner Mutter an Franz Overbeck*, ed. de E. F. Podach, Wien: Bermann-Fischer, 1937. El volumen consta de una breve introducción (pp. VII-VIII), a continuación se ofrecen las 68 cartas (pp. 3-208), así como los comentarios (pp. 211-258), y finaliza con una breve nota editorial (p. 259). Que nosotros sepamos, a excepción hecha de la traducción española que aquí comentamos, no existe ningún otro intento de edición en otro idioma de estos fundamentales documentos.

24. En realidad las cartas dirigidas conjuntamente o por separado a los Overbeck son 67, pues la número XXX que ofrece Podach (pp. 115-118) es la carta que la madre escribe a Peter Gast y que está fechada el 1 de abril de 1891.

25. Una visita que causó gran alegría en Nietzsche tal y como informa el diario de la clínica psiquiátrica de Basilea, que recoge las incidencias sobre el paciente Nietzsche desde su ingreso hasta

trasladarse con él a Jena, población más cercana a Naumburg y a donde Overbeck había escrito al doctor Otto Binswanger, director de la clínica psiquiátrica de la universidad de esa ciudad, para saber si era posible el ingreso. Como muy bien señala Stefan Zweig, aquí comienza su eterna noche, así como el relato de la madre a través de las cartas a Overbeck, unos de los más estremecedores documentos de la historia del espíritu<sup>26</sup>.

Así, en la primera carta encontramos el relato sobre el viaje en tren que trasladó al Nietzsche enfermo junto con su madre, acompañados por el doctor Ernst Mähly, hijo del profesor Jacob Mähly, antiguo colega de Nietzsche en Basilea, y por el celador Jakob Brand, hasta Jena, un viaje no sin dificultades, ya que Franziska habla de un ataque de furia por parte de Nietzsche, breve, pero «algo espantoso de ver y de oír» (p. 20)<sup>27</sup>. Pero antes incluso de esta descripción Franziska —una vez ya en su casa de Naumburg y tras pasar el día en cama por el agotamiento y al cuidado de su fiel Alwine<sup>28</sup>—, no podía sino empezar su carta con sinceras palabras de gratitud hacia todo lo que habían hecho los Overbeck por el hijo de su alma y de su corazón<sup>29</sup>. Unas atenciones que la madre de Nietzsche recordará y agradecerá durante el resto de su vida, que expresará a lo largo de estas cartas<sup>30</sup> y

su partida el 17 de enero de 1889. Este importante documento fue dado a conocer por E. F. Podach en su artículo «Nietzsches Abschied von Basel 1889», aparecido el 15 de marzo de 1930 en *Die medizinische Welt*, pp. 383-385. Casi simultáneamente, este diario aparece publicado también por Podach en las pp. 109-113 de su famoso estudio *Nietzsches Zusammenbruch*, Heidelberg, Niels Kampmann, 1930. Es más, en la p. 381 de la mencionada publicación médica aparecía ya una elogiosa reseña del reciente libro de Podach a cargo de Clemens Ernst Benda, a la sazón redactor jefe de la revista. Por fortuna el lector español tiene a su disposición una traducción de este diario realizada por A. Sánchez Pascual en las páginas 276-278 del monográfico que sobre Nietzsche él mismo se encargó de dirigir y que publicó *Revista de Occidente* 125-126 (agosto-septiembre de 1973).

26. «Mater Dolorosa. Die Briefe von Nietzsches Mutter an Overbeck», art. cit., pp. 318-319.

27. Salvo indicación contraria, la numeración corresponde a la paginación de la edición española.

28. Para una breve reseña de la vida de Pauline Albine Freytag, llamada Alwine y que desde el 2 de septiembre de 1878 estuvo al servicio de la madre de Nietzsche, véase E. Haufe, «Nietzsches 'vortreffliche Alwine'»: *Nietzsche-Studien* 26 (1997), pp. 468-469 (una versión algo más extensa de esta nota biográfica se puede encontrar a cargo del mismo autor en la revista *Weimar Kultur Journal* 5 [1996], pp. 24-26). El título del artículo («La 'excelente Alwine' de Nietzsche») alude a la forma en la que el filósofo se refiere a Alwine en la carta que el 30 de agosto de 1888 escribió a su madre y que deseaba que le llegase el 2 de septiembre, justo cuando se cumplían los diez años de relación laboral entre ambas. Ahí puede encontrarse también un agradecimiento por su labor a la que más tarde cuidaría de él junto a su madre (KGB III 5, pp. 405-406).

29. Ejemplares son las páginas que a esta cuestión dedica Curt Paul Janz en las pp. 47-49 del volumen cuarto de su biografía de Nietzsche en la ed. esp. (pp. 58-61 del tercer volumen de la ed. alemana cit.) bajo el epígrafe de «El papel central de Overbeck», y en las que hace una ejemplar defensa del fundamental papel de los Overbeck, no sólo de Franz, sino también del apoyo que éste tuvo de su mujer Ida, durante los primeros momentos de la enfermedad de Nietzsche. Desde ir a recogerle a Turín, traerlo a Basilea, internarlo, consolar a su madre, preparar el traslado a Jena, etc. Como bien concluye en referencia a los que luego tan injustamente le criticaron: «¿Dónde estaban a comienzos de enero todos esos sabiondos posteriores? ¿Qué hubiera sucedido sin la enérgica intervención de Overbeck?» (p. 49).

30. «Cada vez sé menos de aquellos días, sólo que ustedes, queridos, fueron muy bondadosos conmigo, eso aún lo tengo presente y permanecerá imborrable en mi memoria». Así se expresa Franziska ya en la carta del 29 de enero de 1889 (p. 28). Véase también la carta del 13 de febrero de 1889, donde admite que el matrimonio Overbeck ha padecido con ella los días de sufrimiento (p. 33), así como la carta del 8 de enero de 1890, donde, la madre afirma que recuerda «aquella época con mi más profundo agradecimiento, ahora hará un año» (p. 70).

que no fueron dirigidas únicamente a Nietzsche, sino que es de imaginar también el gran consuelo que la desesperada Franziska encontró durante cinco días en Basilea en casa de los Overbeck y que hace que incluso a lo largo de estas cartas no deje de elogiar ese hogar que tan amablemente la acogió en tan dolorosos momentos<sup>31</sup>. El recuerdo y la gratitud hacia lo que hicieron los Overbeck es, por consiguiente, un tema central que articula todo este epistolario y que hace que la madre, en plena confianza y afinidad tanto con Franz como con Ida en tanto que compartieron y comparten la pena por el sufrimiento de su amado Nietzsche, se sienta tan cómoda escribiéndoles y manifestándoles sus preocupaciones y angustias que en varias ocasiones llega a manifestar que es como si estuviese sentada entre ellos<sup>32</sup>.

Por tanto, ya el día 18 de enero de 1889 tenemos a Nietzsche ingresado en la clínica psiquiátrica de la Universidad de Jena, dirigida por el doctor Otto Binswanger con la ayuda de su asistente el doctor Theodor Ziehen y, así, tras el relato del «más triste de mis viajes» (p. 25), a partir de este momento se suceden las cartas a los Overbeck, documentos llenos de gratitud hacia el teólogo, a quien no duda en calificar como «el más fiel y acreditado amigo de mi querido hijo» (p. 42)<sup>33</sup>, y en los que la madre informa puntualmente sobre el estado de su hijo y sobre sucesos relacionados con él. Ya en la segunda carta encontramos el relato de la situación del enfermo que la madre ofrece a través del doctor Ziehen pues, debido a su excitabilidad, era conveniente que el enfermo no recibiera visitas: «El paciente de nuestro corazón ¿comilla? todavía padece una agitación considerable, habla alto, con rapidez e incoherencia y su voz es enfermiza, exaltada y alegre, mezcla muchas palabras en francés e italiano, tiene algunos momentos de lucidez, también sabe que está en Jena, aunque instantes después cree estar en un auditorio de Turín o de Niza, duerme poco, pero tiene buen apetito. El tratamiento inicial sólo ha conseguido tranquilizarlo unas horas» (carta del 29/30 de enero de 1889, p. 25). También aquí encontramos ya algo que será habitual durante estos años. La madre está sola y ni de lejos puede afrontar todo lo que le viene encima. De ahí que, además de agradecerle la gestión de la pensión de Basilea<sup>34</sup> y de aclararle cómo está la situación económica de Nietzsche tras consultar con Kürbitz, su banquero de Naumburg, pida ayuda desesperada a Overbeck para que éste se haga

31. Ya el 9 de abril de 1889, encontramos un primer elogio por parte de Franziska al hogar de los Overbeck: «¡Cuántas veces pienso en su maravilloso y acogedor hogar, que tanto me habría gustado disfrutar con el corazón en paz y no con el corazón roto!» (p. 42). Véanse también sobre esta cuestión las pp. 45, 49, 51, 60, 128 y 156.

32. «Discúlpenme si tal vez me he extendido demasiado. Siempre tengo la impresión de que estoy sentada entre ustedes y que quieren saber todo lo que preocupa a mi corazón» (p. 29). Esta afirmación la encontramos ya en la segunda carta, fechada el 29 de enero de 1889. Para declaraciones semejantes por parte de la madre de Nietzsche, véanse las pp. 33, 137 y 171.

33. Como era de esperar, los elogios a Overbeck se repiten a lo largo de estas cartas. Sobre esta cuestión, véase, por ejemplo, la p. 30 («Con su buen corazón de amigo, dispuesto a sacrificios de cualquier clase»), p. 33 («El más querido y fiel amigo»), p. 36 («verdadero amigo de mi querido hijo»), p. 42 («El más fiel y acreditado amigo de mi querido hijo»), p. 111 («Sé que usted tiene un verdadero corazón y una cálida compasión por la infelicidad del hijo de mi corazón y por todo lo que le ha acontecido, y que está dispuesto a realizar cualquier sacrificio por él»), p. 133 («Usted es el más valioso amigo de mi buen hijo»), p. 141 («el tan acreditado y viejo amigo del hijo de mi corazón»), p. 143 («Con su buen corazón usted se sacrifica con gusto por nuestro querido paciente»), p. 161 («Usted, en su vieja amistad, ayuda en todo lo que es posible») y p. 206 («Acreditado amigo tan cariñoso y cercano»).

34. Sobre la pensión que Nietzsche recibía de Basilea, véase C. P. Janz, *Friedrich Nietzsche*, versión esp. cit., vol. 4, pp. 141-161 (pp. 181-207 del tercer volumen de la ed. alemana cit.).

cargo de ponerse de acuerdo con Naumann, el editor de Nietzsche, para saber qué ocurre con las obras que estaban a punto de salir a la luz<sup>35</sup>. Es más, Franziska adelanta también en esta segunda carta su particular diagnóstico sobre la causa de la enfermedad de su hijo, que no sería otra que la del exceso de trabajo<sup>36</sup>.

El 13 de febrero por fin puede ir al psiquiátrico para llevar a Nietzsche cerezas y pastel de requesón, y aunque no puede ver a su hijo, sí que tiene una larga conversación tanto con Biswanger como con Ziehen, quienes no le dan buenas noticias, ya que no observan mejoras en el paciente. Sin embargo, la madre, que no ve o que no quiere ver que se trata de una enfermedad mental, afirma que tiene esperanzas de que se recupere «pues no en vano tiene una recia constitución física» (p. 31). Por tanto, lejos de rendirse, la madre de Nietzsche busca posibles causas de la enfermedad que lleven a un tratamiento adecuado que conduzca a la recuperación de su hijo; y para ello no sólo se atreve a leer *Crepúsculo de los ídolos* (cuyo título escribe mal)<sup>37</sup>, sino que le ofrece un ejemplar a Binswanger, y lo mismo hará posteriormente con *Nietzsche contra Wagner*,<sup>38</sup> pues según afirma «una obra así puede devanarle a uno los sesos, y las otras obras son del mismo estilo» (p. 33). Pero pasan los meses y el 9 de abril Franziska escribe que tanto las noticias que le llegan ya sea del doctor Ziehen como de la señora Gezler (madre de un ex colega de Nietzsche en Basilea), como las informaciones que le dan en persona en Jena, no son nada alentadoras, que no le dan ninguna esperanza, que los pequeños síntomas de mejoría no cambian nada y que para colmo la excitabilidad de Nietzsche impide cualquier visita, hecho que agrava aún más la angustia de la pobre madre<sup>39</sup>.

35. «Con Naumann no quiero negociar en ningún caso, porque no me siento capacitada, y otra vez lo dejo al buen criterio de su bondad». Así se expresa Franziska en la carta del 13 de febrero de 1889 (p. 33). Véase también la carta del 9 de abril de 1889 (p. 41). Como se sabe, en esa época aún no se había publicado ni *Crepúsculo de los ídolos*, aunque Nietzsche llegó a recibir algunos ejemplares impresos el 24 de noviembre de 1888, ni *El Anticristo*, ni *Nietzsche contra Wagner*, ni *Ecce homo*, ni los *Ditirambos de Dioniso*.

36. Más tarde, en la carta de abril de 1889 (p. 45), Franziska se reafirmará en su teoría a partir de la información que le ofrece Emily Fynn en una carta fechada el 31 de marzo de 1889, que la madre adjunta a Overbeck y que Podach incluye en las pp. 25-29 de su edición. Ahí, en la p. 28, Emily Fynn recoge las palabras de la última que Nietzsche le dirigió a ella desde Turín a principios de diciembre de 1888 y en la que le informaba de su enorme producción literaria de los últimos setenta días. La carta de Nietzsche a Emily Fynn, fechada el 6 de diciembre de 1888, puede leerse en KGB III 5, pp. 506-507. Sin embargo, el lector atento observará que en la p. 507 se habla de veinte días y no de setenta. El *Nachbericht* de esta carta (KGB III 7/3.1, 472-473) no dice nada al respecto, pero todo indica que se trata o de un *lapsus calami* de Nietzsche o bien de un error de la edición Colli-Montinari, ya que el filósofo, a principios de diciembre, está haciendo aquí referencia a la gran actividad que ha realizado desde su llegada a Turín, de la cual se cumplían los setenta días. Por otro lado, posteriormente Elisabeth retomará este argumento de su madre a la hora de explicar la causa de la enfermedad de su hermano, algo que ya hizo en estas fechas si hacemos caso a las palabras de Franziska a Overbeck del 30 de abril de 1889 (p. 46).

37. Franziska escribe «Geisterdämmerung» en lugar de «Götzen-Dämmerung» (véase la p. 14 de la edición de Podach). En la edición española (p. 33) no sólo no se informa de esto, sino que la traducción del título de esta obra es manifiestamente mejorable.

38. Según informa en la carta del 9 de abril de 1889 (p. 39). Aquí la madre muestra además su indignación, pues, como afirma, parece que es ella la única interesada en examinar lo último que escribió su hijo y que, según su opinión, era lo que le había llevado a ese estado.

39. Tras informar del envío de un paquete con comida a Jena, Franziska no puede sino lamentarse: «¡Ojalá pudiera enterarme de lo que dijo de esto mi querido, querido Fritz!» (carta de abril de

Para la pascua de 1889 la madre recibe la visita de Paul Deussen y su esposa, quienes tampoco pueden ver a Nietzsche, pero se informa a la madre de que no se descarta una mejoría, algo que coincide con las palabras del doctor Ziehen. Es obvio que la visita del viejo amigo de Nietzsche alegró enormemente a Franziska, quien no se resiste a transcribir las palabras de Deussen sobre Nietzsche: «El pasado de mi querido hijo se plasma en significativas obras que permanecerán vivas en el presente y en el futuro» (p. 43). En esta carta fechada en abril de 1889 se expresan también las dudas que Franziska proyecta sobre el diagnóstico de Binswagner. Ella no podía aceptar que la enfermedad de Nietzsche fuese calificada como algo congénito, pues mantenía su hipótesis de que se trataba simplemente de un exceso de trabajo (p. 45). Algo por otro lado comprensible desde su amor maternal: si lo que tenía Nietzsche era producto de un exceso de trabajo, lo único que necesitaba su hijo para recobrar la salud era simple y llanamente tranquilidad, algo que podía conseguir en el psiquiátrico o bien le podía ofrecer ella misma. Pero como informa el 30 de abril, Binswanger se mantiene en su diagnóstico. Para más confusión, entra en escena Elisabeth, llamada por la madre cariñosamente Lieschen, quien apoya a Franziska en sus hipótesis y que, según se afirma, «piensa que es la que mejor conoce su naturaleza» (p. 47)<sup>40</sup>.

Las cartas de junio<sup>41</sup> y del 26 de ese mismo mes recogen los informes proporcionados por la señora Gelzer y por el doctor Ziehen. En la primera de estas cartas se informa de que Binswanger cree que el calor está afectando negativamente a Nietzsche, quien grita mucho, está muy excitado e incluso rompe un cristal de una ventana hiriéndose en una mano. Como dato positivo afirma que el sueño es bueno y que ha engordado un poco. El doctor Ziehen confirma días después lo dicho por la señora Gelzer, indicando que la sola presencia de otras personas parece excitar a Nietzsche. El sueño, por desgracia, prefiere estar tumbado en la cama la mayor parte del día, su sueño no es nada sosegado, su estado mental cambia enormemente, se queja de que le duele la cabeza y en ocasiones lee el periódico<sup>42</sup>. También destaca el buen apetito del enfermo Nietzsche, lo que le hace conservar un buen aspecto físico. Ante estas noticias la verdad es que la madre no sabe si consolarse o sentirse muy desgraciada, pues la situación, aunque no empeora, tampoco muestra mucha mejoría.

La carta del 3 de agosto de 1889 contiene la triste noticia del fallecimiento el 3 de junio de su yerno Bernhard Förster en Paraguay, ofreciendo la versión oficial de que había muerto por un ataque nervioso (pp. 52-53) y con la cual hará frente a los falsos rumores, ciertos al fin y al cabo, de que se trataba en realidad de un suicidio (carta del 1 de noviembre, pp. 55-57). Pero también puede contar

1889, p. 44). Evidentemente no era nada fácil para la madre permanecer en Naumburg sin poder ver a su amado hijo, teniéndose que conformar con los informes que sobre su estado le iban llegando.

40. Antológica debió de ser la expresión de Overbeck al leer esta declaración de Elisabeth. Por desgracia para él, muy pronto se daría cuenta de hasta qué punto la hermana de Nietzsche se creía sus propias palabras.

41. Probablemente redactada a mediados de mes, ya que se recoge el informe que el 11 de junio escribió la señora Gelzer.

42. Ya en la primera carta del 19 de enero de 1889, Franziska habla de que durante el viaje a Jena se dio cuenta de que Nietzsche se tranquilizaba con la lectura de los periódicos (p. 20). Para esta costumbre por parte del enfermo Nietzsche, véanse las pp. 39, 50-51, 91 (donde la madre dice que su hijo «a las seis de la mañana y busca las hojas del periódico y las lee en la cama» y 183).



al fiel amigo de Basilea la visita que por fin pudo hacer a su hijo el 29 de julio y que según Binswanger le sentó de maravilla. Según la madre, que veía mucho mejor a Nietzsche, éste preguntó por su hermana e incluso se alegró de ver su fotografía. La carta del 1 de noviembre insiste, tras más visitas al enfermo, de que el aspecto de Nietzsche es como en los días de mayor salud, pero que es necesario dirigirle la conversación. Estas visitas a su hijo enfermo y el hecho de verle aparentemente tan normal no sólo alimentan falsamente sus esperanzas sobre una curación, sino que le hacen creer que ella, con sus cuidados, puede mejor que nadie devolver la salud a su amado Fritz.

¡Siempre tengo la sensación de que puedo albergar alguna esperanza! Aunque también a menudo me tortura el pensamiento de no poder cuidar de él yo misma, lo que al final sería lo más adecuado para su recuperación, ya que el médico dijo que era muy difícil sacarlo de allí, y por lo visto venir conmigo le hace bien, igual que ayer, cuando me dijo al oído, siempre en un susurro, «qué bonito que mi madrecita esté aquí», o «no puedo expresarte cuánto bien me hace tu presencia», etcétera (carta del 1 de noviembre de 1889, p. 59).

Si tenemos en cuenta el estado psicológico de esta afligida madre que piensa que la enfermedad de su hijo es reversible y que con sus cuidados ella podrá conseguir que suceda así, es más que comprensible que se rebele contra el informe que realizó Binswanger sobre la enfermedad de Nietzsche, en el que destacaba tanto su origen hereditario como que era algo incurable, y que le surjan dudas sobre si su Fritz estaba en el lugar adecuado (p. 61). Pero también es más que comprensible que en esta carta del 21 de noviembre de 1889 califique como «ángel» a Julius Langbehn, quien ya había visitado a la madre de Nietzsche a finales de octubre tal y como ésta le informa el 1 de noviembre (p. 60) y que se ofrece para ayudar a devolver la salud a Nietzsche<sup>43</sup>. De hecho, la madre le pide permiso a Binswanger para que, con el fin de acabar con la excitación de Nietzsche y conseguir que éste pueda conciliar el sueño, Langbehn pueda sacar al enfermo a dar paseos de dos horas tanto por la mañana como por la tarde (p. 63). Es más, si hacemos caso al testimonio de la madre, el propio Nietzsche veía en Langbehn a alguien capaz de devolverle la salud (pp. 63 y 64), y si también hacemos caso a lo que Langbehn le cuenta a la madre, la mejora del enfermo es notable gracias a su intervención (p. 64), provocando la alegría de ésta. Pero el destino parecía cebarse con la pobre Franziska, ya que Langbehn, de carácter difícil y nervioso, tiene que marcharse para ocuparse de la edición de sus obras, dejando nuevamente desamparada a la sufriente madre y provocando que incluso Gast intente que regrese. Franziska se desespera, pues afirma que los catorce días en los que su hijo ha ido a pasear con Langbehn han sido los mejores de todo el año, que le ve como el único salvador que le ha enviado Dios y que estaría dispuesta a todo por recuperarle para su hijo (carta del 8 de enero de 1889, p. 68)<sup>44</sup>.

43. Sobre el episodio protagonizado por Langbehn, véase C. P. Janz, *Friedrich Nietzsche*, versión esp. cit., vol. 4, pp. 72-88 (pp. 91-112 del tercer volumen de la ed. alemana cit.).

44. «En fin, deseo con toda mi alma que regrese, porque nadie sabe tratar tan bien a Fritz como él, y si me trajera a mi querido Fritz a casa, estaría dispuesta a aguantárselo todo» (carta del 8 de enero de 1889, p. 63).

La carta del 10 de febrero muestra hasta qué punto las exigencias de Langbehn, quien quería que la madre echara de su casa de Naumburg a sus inquilinos para llevar allí a Nietzsche (carta del 8 de enero de 1890, p. 70), eran absurdas y nos da una idea de lo angustiada que debía de estar la madre de Nietzsche para considerar a alguien así como de provecho para la recuperación de su hijo. Franziska empieza a ver que Langbehn no es trigo limpio, que exagera en sus comentarios y que ahora exigía ni más ni menos que la tutela de Nietzsche, que la madre había asumido el 8 de enero, siendo nombrado tutor subsidiario su hermano Edmund Oehler, tal y como había informado ese mismo día (p. 69). Y eso con unas condiciones realmente absurdas, siendo la primera de ellas el no ver a la madre (p. 79). Ante esta situación, las dudas sobre la conveniencia de Langbehn se manifiestan con toda rotundidad. Sin embargo, es el contenido de esta carta lo que provoca que Overbeck decida ir a Jena el 23 de febrero<sup>45</sup>, pues, como muy bien señala Podach (pp. 225), veía que desde la distancia no podía solucionar este tira y afloja sobre el asunto Langbehn. De hecho, fue su intervención personal el que acabó con el asunto, retornando en ese aspecto la tranquilidad a la afligida madre. De ahí que el 28 de febrero de 1890 le agradezca tanto la visita, «que ha sido un muy conmovedor testimonio de su amor y una acreditada prueba de amistad hacia mi amado hijo» (p. 80). Ahora, más tranquila, puede detallar los paseos que da con Nietzsche, a quien ahora ve más a menudo ya que a mediados de enero Franziska se había trasladado a Jena, donde había alquilado una casa. Estando más cerca de su amado hijo, puede pasear con él cada día y comer con él. Nietzsche puede tocar el piano<sup>46</sup> y, una vez en casa de la madre, ésta le lee algo en voz alta —pues la lectura en voz alta parece hacerle mucho bien—<sup>47</sup>, mientras le acaricia todo el tiempo la frente (pp. 81-82). Nietzsche

45. Una estancia de tres días (23-25 de febrero de 1890), recogida en las *Erinnerungen*, en la que obviamente Overbeck va a visitar a su amigo enfermo y cuya impresión sobre este encuentro hemos reproducido más arriba. Gast también informa de esta visita de Overbeck y dice que aunque ha visto a Nietzsche mucho mejor que en Turín y en Basilea, no hay para él esperanza de curación (carta a Widemann de 23-24 de febrero de 1890, recogida por Podach en la p. 223 de su ed.). Destacar que, como dirá años más tarde a Gast, Overbeck aprovechó también la visita a Jena para hablar con el doctor Binswanger, quien le comentó el origen sífilítico de la enfermedad de Nietzsche (véase la carta de Overbeck a Nietzsche del 23-24 de mayo de 1905, recogida en Franz Overbeck y Heinrich Köselitz [Peter Gast], *Briefwechsel*, cit., p. 537).

46. Tocar el piano será a partir de este momento una de las actividades habituales de Nietzsche. Véanse las pp. 84, 85, 86, 92 («toca el piano de maravilla»), 96, 98, 103, 106, 117 (donde la madre, quizás para evitar excitaciones, dice que no le deja tocar las composiciones de Wagner), 138, 150 y 189, donde en esta ocasión, estamos ya en la carta del 29 de diciembre de 1893, en plena celebración navideña, le dejaron tocar en nochebuena la «Marcha nupcial» de *Lohengrin*.

47. A partir de este momento la lectura en voz alta por parte de la madre, o cuando está presente también de Elisabeth, será algo propio también de la rutina de Nietzsche. Para esta cuestión, véase la p. 85 (donde la madre afirma no creer que Nietzsche retenga lo que oye pero que «en cierto modo ese murmullo tan monótono debe de causarle un efecto balsámico», p. 88, p. 92 («lo que más le gusta es que le ponga mi mano derecha en la frente mientras le leo»), p. 98 («le leo en voz alta hasta la hora de la cena»), p. 100 («Tampoco creo que entienda lo que le leo, ni le gusta que le dé explicaciones, sólo le causa alegría cuando le leo sin interrupciones y durante mucho rato»), p. 101 («Está tumbado y escucha mis lecturas»), p. 103 (la madre le lee la Biblia y se sorprende de que reconozca los pasajes, algo que interpreta ingenuamente como un claro signo de religiosidad por parte de su hijo), p. 106 (le lee el poema final del *Zarathustra*, algo que admite hacer con mucha frecuencia), p. 121 (Elisabeth le lee el *Zarathustra*), p. 122 (Elisabeth y ella le leen sus obras para que «penetren en él sus propios pensamientos»), p. 125, p. 142 («No sé si entiende mejor el texto cuando él lo lee o cuando yo se lo

parece mucho más tranquilo, pero sin embargo la madre sigue preocupada sobre sus reacciones en la calle (p. 83).

El 22 de marzo de 1890, ya informa que ha obtenido el permiso de Binswanger para poder llevarse por las noches a Nietzsche, quien para la madre «se vuelve más lúcido de semana en semana» (p. 84). Siguen los paseos<sup>48</sup>, las caricias, el piano, la lectura en voz alta. No hace falta decir que cuidar a un enfermo no es nada fácil, de ahí que la madre admita que por las noches cae muerta de cansancio (p. 87)<sup>49</sup>. Pero, sobra decirlo, es tenaz en el cuidado de su hijo y consigue que le den el alta definitiva el 24 de marzo, algo de lo que informa el 30 de ese mismo mes<sup>50</sup>. Franziska, que ha alquilado una nueva casa en Jena, describe nuevamente su rutina con Nietzsche: lecturas, piano, paseos, caricias... Da una sensación de normalidad, de que hay una notable mejoría y que los días de excitabilidad ya han quedado atrás<sup>51</sup>. En conclusión, que Franziska ha hecho lo que tenía que hacer: «No voy a abandonar a mi querido niño nunca más. Todavía me pesa el haberme dejado convencer por los médicos cada vez que yo quería traérmelo a casa y el no haberlo hecho antes» (pp. 92-93)<sup>52</sup>.

leo»), p. 147 («Su vida es leer, lo hace muy alto y con una cierta expresión tan natural que deseo creer que entiende lo que lee»), p. 162 y p. 183 («le leo el periódico o algunos fragmentos de su obra»).

48. La verdad es que asaltan las dudas sobre la veracidad de las palabras que la madre de Nietzsche pone en su boca en la p. 87, donde éste supuestamente informa a un oficial que se encuentran por la calle de que ahora se encontraba «agotado por el exceso de trabajo». ¿Una licencia que se permite Franziska ante Overbeck para apoyar su tesis sobre el motivo de la enfermedad de su hijo?

49. El comprensible agotamiento de la madre de Nietzsche, algo que literalmente le llevará a la tumba, se manifiesta en otros lugares. Véase, por ejemplo, la p. 93 (donde, refiriéndose a sí misma dice que «ésta que está muerta de cansancio»), la p. 99 («me siento en verdad muy fatigada») o la p. 116 (donde afirma que se le ha caído la mitad del cabello). Ya hacia los años finales, firma la carta del 6 de diciembre de 1895 como «su muy cansada y vieja amiga, Nietzsche» (p. 213) y, en la penúltima carta que le escribe a Overbeck y que está fechada el 31 de diciembre de 1896, afirma que «a mí tampoco me va especialmente bien, será cosa del tiempo y de tantas cosas que me han ocurrido en la vida. ¡Me siento tan cansada!» (p. 230).

50. Así pues, Nietzsche estuvo en el psiquiátrico de Jena desde el 18 de enero de 1889 hasta el 24 de marzo de 1890. El diario clínico recogiendo las distintas incidencias en torno al paciente Nietzsche lo publicó Podach el 4 de octubre de 1930 en su artículo «Nietzsches Krankengeschichte», en *Die medizinische Welt*. La publicación de este diario no está exenta de polémica, ya que Podach fue criticado por haber omitido datos supuestamente importantes en la utilización que del diario de Jena hace en las pp. 118-143 de su citado estudio *Nietzsches Zusammenbruch*. Como respuesta, Podach pone entre corchetes esas supuestas censuras, que se refieren únicamente a aspectos escatológicos. Hay traducción castellana de este importante documento a cargo de Sánchez Pascual en las pp. 279-285 del ya citado número monográfico sobre Nietzsche publicado por *Revista de Occidente*.

51. «En fin, espero que todo vuelva a su ser con la ayuda de Dios», comenta Franziska con esperanza (p. 92).

52. Son constantes las referencias que hace la madre de Nietzsche a los beneficios de su actuación para Nietzsche, así como a la suerte que tiene de poder cuidar a su hijo. Véase p. 80 («Yo sólo puedo dar las gracias a Dios con toda mi alma por haberme dado la idea de venir aquí»), p. 92 («no voy a abandonar a mi querido hijo nunca más»), pp. 97-98 («Mi existencia no es fácil y, sin embargo, estoy sinceramente agradecida a mi Dios por poderlo cuidar yo sola, después de todo, y a Dios le pido de continuo que me tienda la mano. Nadie puede entender mejor a su hijo que su madre y no se puede esperar esto de un extraño»), p. 98 («Me siento dichosa porque él está contento con mis cuidados»), p. 126 («Yo sé muy bien que soy irremplazable en lo que se refiere a los cuidados de su cuerpo, y por esta razón todos sienten una alegría conmovedora por cómo se alegra de tener a su madre»), p. 163 («Un dolor inexplicable me invade con frecuencia el alma. Sin embargo, en mi interior, debe agradecer al Todopoderoso; si no, ¿qué sería ahora de mi pobre, pobre niño a quien el amor de madre le proporciona tanto bien? Y yo también tengo el convencimiento de que este amor

Sin embargo, el hecho de que la carta del 28 de mayo de 1890 esté escrita desde Naumburg y no desde Jena indica que las cosas no han ido del todo bien. Es más, un incidente ocurrido el 12 de mayo hizo que madre e hijo literalmente huyesen al día siguiente de Jena para evitar un nuevo internamiento. Al parecer, como relata la madre (pp. 94-95), Nietzsche, quien no podía tomar durante unos días sus habituales baños de aguas salinas, pues estaban limpiando la caldera, decidió tomar el baño por su cuenta desnudo en una charca, paseándose un buen rato desnudo y siendo detenido por un policía. Por suerte la madre pudo hablar con el policía, pero al día siguiente —para indignación de la madre, pues ni Binswanger ni Ziehen se habían interesado en las siete semanas que llevaba Nietzsche a su cargo por el estado del paciente— se presenta Ziehen diciendo que lo ocurrido era un escándalo y que o contrataban a un enfermero vigilante o lo volvía a ingresar en el sanatorio. Ante esta disyuntiva la madre lo tiene claro: hace el equipaje y ese mismo día se va con su hijo a Naumburg, donde le espera la excelente Alwine, quien se alegra del buen estado de Nietzsche<sup>53</sup>, y donde cuenta con la ayuda incluso de uno de sus inquilinos para atender al enfermo. Franziska acaba fatigada tras pasar el día cuidando de su hijo y sólo puede escribir las cartas a primera hora de la mañana, cuando Nietzsche aún duerme. Sin embargo, es feliz, pues puede cuidar al Fritz de su corazón día y noche, ya que «nadie puede entender mejor a un hijo que su madre y no se puede esperar esto de un extraño» (p. 98). En esta carta nos informa de algo que percibió también Overbeck durante su visita de febrero y es el hecho de que la memoria de Nietzsche es buena en lo referente a los sucesos acaecidos antes de su derrumbe psíquico de Turín, pero que a partir de ese momento todo es nuevo para él (p. 100).<sup>54</sup>

Las cartas del 7 de junio y del verano de 1890 son cartas optimistas en las que Franziska describe el estado cada vez mejor de su hijo. Su aspecto es estupendo, está tranquilo, escucha las lecturas de su madre, quien incluso le lee la Biblia, pasea, duerme mucho y hasta está engordando. Ya en septiembre informa sobre la visita de Paul Lauterbach, quien quería dar unas lecciones sobre Nietzsche. Aquí la madre vuelve a tratar el tema Langbehn, a quien aún valora positivamente, aunque Gast no es ni de lejos de la misma opinión. Sin embargo, «lo más triste de todo es que no resulta sencillo encontrar a ninguna persona adecuada

es una especie de poder, aunque suene tan pedante, que le evita cometer excesos mayores», p. 166 («Siempre entiendo que es un regalo y una gracia de Dios que se me haya concedido el poder cuidar de él yo misma. Tiene algo tan conmovedor que sólo deseo acariciarlo, y esto hace mucho bien al buen corazón»), p. 187 («A pesar de las circunstancias estamos muy agradecidas a Dios Misericordioso, sobre todo por poderlo tener aquí») y p. 231 («Alabado sea Dios sólo por haberme permitido hasta ahora prodigar los cuidados a mi hijo, junto a mi Alwine, tan excelente y eficaz, porque por lo demás me siento completamente paralizada»).

53. Los elogios por parte de Franziska hacia Alwine (véase nota 28), son continuos en estas cartas. Véase, por ejemplo, p. 60 («Alwine es la más fiel y la mejor de las criaturas»), p. 118 («La buena, excelente y acreditada muchacha»), p. 124 («mi excelente Alwine»), p. 136 («Alwine, que se comporta de una manera magnífica en todos los sentidos»), p. 169 («Mi excelente Alwine»), p. 177 («Mi fantástica muchacha»), p. 179 («Mi querida Alwine, que pronto cumplirá quince años a nuestro servicio y que ha resultado ser magnífica y comparte nuestras difíciles preocupaciones»), p. 193 («nuestra magnífica Alwine»), p. 198 («Mi buena Alwine, que pronto cumplirá diecisiete años a mi servicio en esta casa, sigue siendo la mejor») y p. 231 («Mi Alwine, tan excelente y eficaz»).

54. A este síntoma de la enfermedad de Nietzsche volverá a aludir la madre en las pp. 110, 116 y 125.

para nuestro querido enfermo, y soy de la opinión de que ahora se hace muy necesario que reciba alimento espiritual todos los días, que a la vez le despierte de nuevo su mente y que con esto no se empobrezca lo que aún queda en él» (p. 110). El 29 de septiembre muestra su preocupación por las repercusiones que pudiese tener el incidente de Jena y elabora informes para Ziehen y Binswanger a fin de que éstos no tomen medidas, ya que «creo que daría mi vida antes que internarlo de nuevo en un sanatorio, en Jena o en cualquier otro lugar» (p. 112). También informa aquí Franziska de una nueva visita de los Deussen y esta vez sí que pueden ver al amigo enfermo<sup>55</sup>. De hecho, las cosas van tan bien que Franziska se permite el 5 de octubre arremeter contra los sanatorios y muestra cómo tanto Binswanger como Ziehen no tienen otro remedio que admitir que ella tenía razón y que Nietzsche, bajo sus atenciones, está ahora mucho mejor de lo que estaba en Jena (p. 117). Aun así, la madre no está tan ciega y afirma que «se me antoja que siempre va avanzando un poco, aun cuando su estado sigue dejando mucho que desear». Ahora también tiene que enfrentarse nuevamente a las hipótesis sobre el supuesto origen hereditario de la enfermedad de Nietzsche<sup>56</sup>, pero lo más importante para ella es la promesa de la visita de Elisabeth para navidades.

Efectivamente, la hermana de Nietzsche aparece en Naumburg a mediados de diciembre de 1890 y tanto ella como la madre, angustiadas por el futuro de Nietzsche, se preocupan por la cuestión económica y también por su recuperación mental: «Para nosotras es importante hacer algo que finalmente despierte un poco su mente, pues, como usted sabe, ha sido me preocupación desde siempre. Sobre todo, intento llevarlo a una conversación determinada y que Lieschen y yo le leamos sus obras para que penetren en él sus propios pensamientos» (carta del 28/29 de diciembre de 1890, p. 122). Pero también hay que vigilar su estado físico y la madre le hace una dieta a base de uvas para intentar bajar su peso. Asimismo, intenta no saltarse ninguno de los paseos de varias horas a los que ya estaban acostumbrados. La carta del 28 de febrero de 1891 es algo pesimista en tanto que afirma sentirse cada vez más preocupada en lo referente a la posibilidad de una mejoría del enfermo a raíz de la actitud apática que mostró Nietzsche ante una visita que les hizo Gast. A esto hay que unir lo mucho que le dolió el diagnóstico de Binswanger, quien calificaba de incurable el mal que sufría su hijo, un juicio que, como confiesa, «me provocó mucha infelicidad y así cualquier destello de su vida mental me parece un rayo de sol y esperanza al que aferrarme» (p. 125).

Las cartas del 24 de marzo, del 29 de marzo y del 15 de abril de 1891 abordan la cuestión sobre si es conveniente o no la publicación de la cuarta parte de *Así habló Zaratustra*. La madre, una vez conocido el contenido del libro, reconoce que está muy intranquila y que ella nunca hubiese dado el permiso, no por ánimo censorador, sino porque temía problemas legales, tal y como da a entender Lauterbach (p. 131). Es más, incluso Franziska echa una pequeña reprimenda a Overbeck por haber cedido ante el apremio de Gast por publicar las obras de Nietzsche (pp. 133-134). Por su parte, Elisabeth está ahora trabajando día y noche en un libro sobre su marido, pero aún tiene tiempo de iniciar el día 13

55. Podach, en las pp. 237-238 de su edición ofrece el testimonio de Paul Deussen sobre esta visita, recogido en sus *Erinnerungen an Friedrich Nietzsche*, Leipzig, 1901, pp. 96-97.

56. Véase la carta del 11 de diciembre de 1890, p. 119, fechada los días 28-29 de ese mismo mes, pp. 123-124.

de abril las negociaciones con Naumann sobre los derechos de las obras de su hermano. Mientras, el pobre Nietzsche sigue teniendo ese buen aspecto externo, pero el espíritu no se le acaba de despertar.

Ya en junio de 1891 la madre de Nietzsche informa sobre una entrevista entre Elisabeth y Binswanger e incluso de un encuentro entre el psiquiatra y ella junto al enfermo Nietzsche. Es más, Binswanger se queda sorprendido ante su aspecto, aunque no por ello deja de reconocer que su estado deja mucho que desear. Sin embargo, este juicio alimenta de nuevo las esperanzas de la madre, quien por otro lado se desespera ya que desea potenciar el estado de la mente de su hijo y para ello necesitaría encontrar a alguien con quien el filósofo pudiese tener conversaciones profundas. El 21 de junio la madre habla de que Nietzsche ha tenido fiebre y de que «en general, permanece muy callado, muy amable, y no es consciente de su enfermedad» (p. 143). La carta del 29 de junio debió de ser especialmente emotiva para Overbeck, pues en ella relata algunos recuerdos que Nietzsche tiene sobre su viejo amigo (p. 145), y en la de verano de 1891 vuelve a detallar Franziska la rutina de Nietzsche, sobre cuyo estado de salud no hay novedades destacables: baños, paseos de tres y cuatro horas y lecturas. «Su vida es leer», llega incluso a afirmar (p. 147). Sin embargo, como indica la madre, al leer «se le hinchan mucho las venas cefálicas, y está claro que esto no puede ser muy beneficioso» (p. 148), una preocupación a la que, tal y como relata el 5 de octubre, hay que añadir la muerte de su hermano y tutor subsidiario Edmund Oehler (el 5 de septiembre), así como la ruptura de las negociaciones entre Elisabeth y Naumann.

El final del año 1891 marca el principio del fin, no de Nietzsche, quien aguantará «vivo» aún más de ocho años, sino de las esperanzas de la madre. Es realmente duro leer estas frases e imaginarse cómo debió de sentirse Franziska Nietzsche al comprobar cómo ni siquiera sus cuidados podían hacer que la enfermedad de su hijo remitiera o que al menos diera signos de ello. «Nuestro querido paciente no avanza y, como se dice que en las enfermedades no deben producirse estancamientos, aun cuando con frecuencia estos estancamientos sólo sean aparentes, la evidencia es bastante triste. Hay días en los que está completamente callado, sólo hojea los libros, de cada página coge dos o tres palabras y entonces se contempla las manos largo tiempo con la sensación de que no fueran en absoluto las suyas y la mayoría de las veces se las mete después en los bolsillos de los pantalones, cosa que hasta ahora nunca había hecho» (carta del 30 de diciembre de 1891, p. 152). Sólo quedan el amor de una madre sacrificada, quien afirma que siempre desea acariciar a su hijo enfermo, y ya mínimos atisbos de esperanza<sup>57</sup>.

Pero los hechos son los hechos y éstos no perdonan, no dan tregua ni siquiera a la heroica Franziska. A pesar de los paseos diarios de tres o cuatro horas, el único ejercicio que hace Nietzsche, a pesar de las lecturas en voz alta y de todos los cuidados que recibe, no se puede hablar de una mejoría. Nietzsche lee cada vez menos y enseguida le entra sueño, algo que confirma lo que había pronosticado Binswanger. Además, está cada vez más callado y la sufrida madre tiene que rendirse a la evidencia y admitir que el retroceso de la mente de su querido hijo se pone cada vez más de manifiesto. No debió de ser nada agradable para la

57. Ante cualquier atisbo de lucidez, la madre confiesa que «mi hija y yo siempre concebimos de nuevo la esperanza de que su más apreciada y brillante mente aún permanezca viva» (carta del 31 de marzo – 1 de abril de 1892, p. 157).

madre escribir las siguientes palabras a los Overbeck, y nos resulta fácil imaginar la amarga tristeza con las que fueron escritas, así como el profundo pesar que debieron de causar al fiel amigo de Basilea:

¡Cuántas veces he deseado escribirles a ustedes, queridos!, pero desde que todo tiene las trazas de que el pronóstico del profesor Binswanger se va verificando y el estado mental del paciente de nuestro corazón no mejora, sino que cada vez va más en retroceso, para mí es cada vez un mayor esfuerzo informar, mientras que antes les escribía a ustedes sobre este asunto con un verdadero placer, siempre con la ilusión de que, en contra de las descripciones aquellas del sanatorio que hasta entonces se habían hecho, él iba mucho mejor; por el contrario, todo han sido imaginaciones mías: una enfermedad de este tipo, por más que su proceso sea lento, va camino de aniquilar paulatinamente el espíritu, hecho que un hábil ojo médico puede reconocer de inmediato, y que ahora yo, desgraciadamente, también he de admitir (carta del 3 de julio de 1892, pp. 161-162).

Pero por fortuna Franziska Nietzsche no era una mujer moderna del siglo xx o del xxi y por eso ahí seguía, junto con la fiel y también inagotable Alwine, cuidando día y noche del enfermo Nietzsche, haciéndole todas las tareas y dándole el cariño que sólo una madre puede dar a su hijo. No hace falta decir que ella acaba agotadísima y desea que su hijo se duerma por la noche para poder ella descansar algo. Aun así, hasta incorpora a su rutina paseos nocturnos para contrarrestar los hábitos cada vez más sedentarios de Nietzsche, pues ahora el filósofo prefiere estar todo el día sentado en un sillón. Su enfermedad avanza, tiene problemas para articular algunas palabras y hay días de mucha excitación seguidos de días en los que apenas puede mantenerse en pie por el cansancio. De hecho, tal y como confiesa, «todo va como tenía que ir después de que Binswanger me dijera lo mismo por escrito, que la enfermedad de mi hijo no tiene cura, lo que es demasiado doloroso y profundamente desolador» (carta del 26 de septiembre de 1892, p. 170).

No hay esperanza posible, parece que su mente está embotada y Franziska se pregunta si no habría alguna forma de detener esto. Los días de crisis son continuos y la madre se alegra de que sólo ella y Alwine sean los testigos de esta situación<sup>58</sup>. De repente duerme mal, el insomnio se hace habitual y para colmo se frota el pecho, claro síntoma de excitación nerviosa que Binswanger interpreta como un nuevo avance de la enfermedad. Pero ahí está la madre, que no quiere separarse en ningún momento de su hijo y que agradece una y otra vez el hecho de poder cuidarle. Resulta hasta cómico, dentro de la tragedia, que la madre diga que al menos ha controlado su peso y así resulta más manejable para ella y Alwine. Nietzsche sigue ahí, cual objeto callado sentado en un sillón y transportado en una silla de ruedas por Alwine. Cuando le da por caminar, lo hace cada vez más encorvado y cuando habla dice cosas inconexas y grita, grita demasiado, lo que provoca la desesperación de la madre y que ésta, temiendo que la policía

58. «Y por eso agradezco siempre al Creador que yo tenga mi propia casa y que nadie se entere de nada, excepto Alwine y yo» (carta del 5 de noviembre de 1892, p. 173). Meses más tarde afirma que, viendo el devenir de la enfermedad «por supuesto, es bueno que nadie, excepto mi buena Alwine y yo, sea testigo del gradual deterioro de su ilustre y brillante mente» (carta del 29 de junio de 1893, p. 182).

diga algo, limite los paseos al interior de la casa. La única forma de relajación que encuentra la madre es leerle. Ahora Nietzsche prefiere estar únicamente sentado.

Mientras, tras la muerte de Edmund Oehler, la madre encuentra en su sobrino Adalbert Oehler un segundo tutor para Nietzsche, algo que se hace oficial el 27 de junio de 1892, y a principio de septiembre del año siguiente ya tenemos de nuevo en Naumburg a Elisabeth, en lo que será su regreso definitivo de Paraguay. El estado de Nietzsche sigue igual de mal y sólo puede ir a peor. Para colmo, la madre empieza a desconfiar de la gente que viene a casa y dicen ser admiradores de su hijo, pues aparecen en algunos diarios rumores sobre el calamitoso estado de Nietzsche y sobre lo que ocurre en la casa de Naumburg<sup>59</sup>. Sin embargo, a principios de 1894 parece que la madre tiene una pausa de tres meses en los que la enfermedad ni avanza ni remite, pero aun así siguen paseando únicamente por la casa. A finales de marzo de 1894 vuelve a insistir en los gritos de Nietzsche y en sus problemas de excitación nerviosa, lo que hace imposible llevarlo incluso en silla de ruedas y menos aún los paseos. Hasta se alegra de que el cochero sea medio sordo y no pueda ser testigo del estado calamitoso en el que se encuentra el filósofo. Se hacen reformas en el piso de abajo para hacer una gran habitación donde recibir las visitas, mientras Nietzsche está arriba, con lo que se intenta de esta forma que no se escuchen los gritos del enfermo. Esa habitación será el lugar en el que Elisabeth creará el 2 de enero (cumpleaños de la madre) de 1894 el Archivo Nietzsche, archivo que tiene que trasladar en septiembre de ese mismo año a otra casa de Naumburg, pues había demasiada vida social en el piso de abajo para el excitable Nietzsche, a quien tenían literalmente que esconder en el piso de arriba para no espantar con sus gritos a los que allí trabajaban.

De hecho, no hay nada que hacer, como sentencia en octubre de 1894 el doctor Gutjahr de Naumburg. Ahora le dan masajes a Nietzsche como intento de calmar sus nervios. Un Nietzsche que ya no sale al exterior, que pasea por la casa y a quien, por los gritos, también tienen que bañar en casa con el enorme esfuerzo que esto supone para sus dos cuidadoras. Ahora parece que sólo se calma dando paseos por la ya vacía planta de abajo, en la gran habitación donde antes estaba el Archivo que lleva su nombre. Los gritos van y vienen a cualquier hora del día y de la noche. Ante esta situación, bien poco le podía afectar a la madre el contenido de *El Anticristo*, que acababa de publicarse y que ella, igual que con la cuarta parte de *Así habló Zaratustra*, no hubiese sacado a la luz más que nada por miedo a una posible denuncia. Lo que sí le causa realmente pánico es el vómito de sangre de su hijo y la tremenda fiebre que sufrió su amado Fritz a finales de febrero de 1895 a causa de una congestión pulmonar, hechos de los que informa en la carta del 28 de marzo. Pero Nietzsche superó este contratiempo y continuaron los masajes, los baños, así como las noches en vela. El deterioro

59. De ahí que advierta al fiel amigo el 1 de octubre de 1893 con las siguientes palabras: «No crea nada de lo que aparece en los periódicos. A mí no me han ocurrido esas falsedades y fantasías, y ya no he vuelto a recibir en mi casa a nadie que se venda con un *fervente admirador* de mi hijo» (p. 187). Más adelante, el 31 de diciembre de 1894, volverán sus temores. «Por favor —le suplica a Overbeck—, no le cuente a nadie los pormenores, todo aparece en los periódicos aún más inflado y tergiversado. Por culpa de estas exageraciones hemos sufrido mucho últimamente. Además, sospechamos que alguien pueda haberse infiltrado en nuestra casa para averiguar secretos» (pp. 200-201).



es evidente. ¿Se quieren pruebas u otro testimonio? Pues lo encontramos en la citada visita que, durante unas horas, les hizo Overbeck el 25 de septiembre de 1895, provocada casi por los ruegos de una madre totalmente desesperada, y cuyas impresiones hemos recogido más arriba<sup>60</sup>.

Tras esa visita de Overbeck, las cartas de la madre se vuelven más dramáticas incluso, quizás porque el amigo ya vio y por tanto ya podía comprender por lo que ella y su hijo estaban pasando. Para colmo, surgen problemas con la pensión de Basilea, que Nietzsche seguía cobrando y cuya administración seguía corriendo a cargo de Overbeck. Franziska teme por el futuro de su hijo, cuya enfermedad no hace sino avanzar. Ahora son calambres en la mandíbula, le cuesta tragar y ofrece una imagen muy triste. El estado es cambiante, un día bueno (que a saber cómo sería realmente) y un día malo, con convulsiones. Sus años de intensivos cuidados a su hijo le pasan factura. Ya se despide como «vieja y afligida amiga» (p. 212) o como «muy cansada y vieja amiga» (p. 213), precediendo siempre esas palabras, eso sí, con el más sincero agradecimiento.

Por si esto no fuera poco, Elisabeth reclama a la madre los derechos sobre las obras de su hijo, algo que Franziska no acaba de comprender habida cuenta de que su auténtica preocupación era otra muy distinta. Sin embargo, no se ahorra la crítica en sus cartas a Overbeck, quien debió de tomar muy buena nota de cuál era el talante de la hermana de Nietzsche, algo que, dicho sea de paso, ya sabía por el propio Nietzsche y hasta había experimentado él mismo con anterioridad.

Yo me tomé todo esto como una locura de mi hija, de querer comprar el tesoro espiritual de mi hijo, nuestro común y querido enfermo, es decir, querer comprar con dinero extraño nuestro tesoro familiar, a mí y sobre todo a mi hijo, que por supuesto tiene un renombre, porque yo no veía la más mínima razón para que se efectuara este cambio. Ni mi sobrino ni yo les hemos puesto nunca ni a Lieschen ni a Kögel ninguna clase de obstáculos para que se vieran inducidos a hacer esto, lo que también Kögel me confirmó de cabo a rabo (carta del 26/27 de diciembre de 1895, p. 215)<sup>61</sup>.

El año 1896 comienza con cierto alivio para Franziska, pues las violentas convulsiones que padece Nietzsche en la mandíbula, aunque no han cesado, no son tan extremas como en los últimos meses, algo que había hecho temer al médico que desembocara en una parálisis permanente que acabase con su vida, ya que cada vez le era más difícil tragar<sup>62</sup>. Su única alegría es que al menos parece que Nietzsche no está sufriendo demasiado. En marzo vuelve a informar sobre

60. De hecho, Podach también recoge en sus comentarios (pp. 257-258) este estremecedor testimonio del siempre fiel amigo, en el que se constata el tremendo empeoramiento del estado de salud de Nietzsche.

61. El contrato de cesión, firmado por la madre de Nietzsche el 18 de diciembre de 1895 y cinco días más tarde por Elisabeth, lo recoge Janz en las pp. 267-270 de cuarto volumen de la ed. esp. de su biografía (pp. 337-341 del tercer volumen en la ed. alemana). El 2 e abril de 1896 la madre manifiesta no estar de acuerdo con lo que ha pasado (p. 223). Por otro lado, son dos los pasajes en los que critica a su hija en tanto que mala administradora del dinero (carta del 26-27 de diciembre de 1895, p. 216, y carta del 31 de diciembre de 1896, p. 229).

62. «Espero que nunca le vuelva ese estado con esa intensidad, pues era demasiado desconsolador presenciarlo». Así se expresa la madre en la carta fechada el 10 de enero de 1896 (p. 219).

las convulsiones, pero ya no son tan exageradas como meses atrás y ella está más tranquila, aunque, eso sí, se producen casi a diario. En abril, tras recordar que en febrero ha cumplido ya los 70 años, la madre de Nietzsche describe su situación como «llena de amarguras» (p. 223), pero ésta no cambia. Nietzsche sigue alternando los días tranquilos con los días ruidosos, el insomnio persiste y además siguen las convulsiones en la mandíbula. El 2 de octubre dice que durante el verano la situación no ha cambiado, que las noches las pasa en vela y que ella pensaba que no podía asumir todo el trabajo de cuidar a su hijo, motivo por el cual estaba incluso deprimida. Sin embargo, en esta lamentable situación hay lugar para el optimismo, pues la madre dice que, aunque siguen las convulsiones en la mandíbula, su querido hijo lleva unas semanas algo más tranquilas, motivo por el cual ella puede sentirse mejor. Se sigue, pues, con los baños, los paseos por el interior de la casa, pero ya en octubre informa de que a los males ya descritos hay que añadir las dificultades al caminar. A ello hay que sumar las preocupaciones que le causa la aparición de la primera parte del segundo volumen de la biografía que de Nietzsche estaba escribiendo Elisabeth y que dice no poder leer sin alterarse. El resultado de todo esto no podía ser otro: «A mí tampoco me va especialmente bien, será cosa del tiempo y de tantas cosas que me han ocurrido en la vida. ¡Me siento tan cansada!» (carta del 31 de diciembre de 1896, p. 231).

La última carta, fechada a principios de abril de 1897 presagia la inminente catástrofe, no de Nietzsche, sino de la muy cansada madre. Aquí Franziska no habla casi de su hijo, sino que pide disculpas por la poca extensión de su carta debido al estado de salud de ella, pues desde navidades padece gastroenteritis y ahora, para colmo, tiene gripe. Como confiesa, hasta el día de ayer le ha faltado tanto el apetito como el sueño, no ha podido sino permanecer en la cama y las únicas veces que se ha levantado ha sido para ayudar a su hijo<sup>63</sup>. Ahora el doctor ya no viene a ver a Nietzsche, sino a su madre, a quien impide escribir y recibir visitas. El pobre filósofo, el hijo de su corazón, sigue ahí con ese buen aspecto del que siempre ha hecho gala, aunque la madre admite que la torpeza de sus pies se ha vuelto extrema. Sin embargo, a pesar de todas estas adversidades, «él sigue siendo mi melancólica alegría» (er selbst aber doch meine, wenn auch wehmütige Freude) (p. 231, p. 208 en la edición de Podach). No hay tiempo para más, Franziska se despide con el habitual pero sincero agradecimiento hacia los Overbeck y ahí acaba todo. Podach lo expresa con toda crudeza y se limita a poner debajo de esta carta que «el 20 de abril de 1897 murió Franziska Nietzsche, nacida Oehler»<sup>64</sup>.

Estamos, por tanto, ante el conmovedor testimonio de la lucha heroica de una madre que literalmente muere cuidando a su hijo enfermo. Aquí prevalecen el amor y el sacrificio de Franziska Nietzsche frente a cualquier otro tipo de consideración. Amor y sacrificio con los que ella pensaba que podía sanar a su hijo. Una y otra vez se agarra a cualquier signo de normalidad para poder albergar esperanzas de recuperación hasta que los implacables hechos le hacen reconocer la inevitable tragedia. De hecho en casi todas las cartas dice que tiene un aspecto

63. Increíble y emotiva es la fuerza de esta mujer, una auténtica madre, quien, a pesar de todo, afirma que «alabado sea Dios sólo por haberme permitido hasta ahora prodigar los cuidados a mi hijo, junto a mi Alwine, tan excelente y eficaz, porque por lo demás me siento completamente paralizada» (p. 231).

64. «Am 20. April 1897 starb Franziska Nietzsche geb. Oehler» (p. 208).

muy bueno, pero la enfermedad era mental y ahí poco podía hacer ella. A pesar de ello, ahí quedan los reiterados elogios que le hizo Binswanger, quien llegó a decir que «el amor de la madre por el profesor Nietzsche ha evitado que la enfermedad toque techo» (carta del 27 de marzo de 1896, p. 221)<sup>65</sup> o la respuesta de Franziska ante la alabanza de que lo que estaba haciendo por Nietzsche era algo que no lo haría nadie: «y aunque me hizo mucho bien lo que me dijo, tuve que responder: ‘Una madre, sí’» (carta del 3 de julio de 1894, p. 195).

En el fondo, igual que en el caso de las *Erinnerungen* de Overbeck, estas cartas son unos documentos donde el contenido puramente humano sobre toda apologética, mitificación e idealización. La madre ve a Nietzsche como su querido hijo enfermo y Overbeck lo ve como su amigo caído en desgracia. Esto no significa que la imagen de Nietzsche quede en absoluto deteriorada o que estos textos sean pasto para los enemigos del filósofo. Cristianos y marxistas deberían preocuparse más bien por los hábitos higiénicos de sus respectivos ídolos antes que deleitarse con la descripción de los defectos que Overbeck veía en Nietzsche o con los síntomas que de su enfermedad describe su madre. Lo que está claro es que tanto la lectura de las anotaciones de Overbeck como sobre todo de las cartas de Franziska invitan al silencio y a la reflexión, algo que no estaría mal que pusieran en práctica aquellos que en la actualidad dicen dedicarse profesionalmente a la filosofía.

Por tanto, y teniendo en cuenta lo dicho sobre la importancia de estos dos escritos, pocos debieron alegrarse tanto como nosotros cuando aparecieron las ediciones españolas de ambos textos. Primero, en 2008, vio la luz en la editorial Siete Mares la edición de las cartas que la madre de Nietzsche envió al matrimonio Overbeck bajo el título de *Mi melancólica alegría*, aludiendo con ello a la forma con la que la madre de Nietzsche, pocos días antes de morir, se refirió cariñosamente a su amado hijo enfermo. La traducción y las notas corren a cargo de María Jesús Franco Durán, mientras que Mariano Serrano Pascual es quien firma una breve, pero bien escrita introducción contextualizadora de estos fundamentales documentos. Un año después, Errata naturae editores publicó una edición de las *Memorias* de Franz Overbeck bajo el título de *La vida arrebatada de Friedrich Nietzsche*. Una edición y traducción a cargo de Iván de los Ríos, quien es presentado como doctor en Filosofía, profesor de universidad en Maryland e investigador invitado en universidades inglesas, alemanas e italianas.

Ni que decir tiene que enseguida me puse en contacto con las respectivas editoriales con la intención de hacer la más elogiosa y agradecida reseña de estas traducciones. De ahí que, en cuanto me llegaron los respectivos ejemplares, los leyerá atentamente y llevara a cabo un examen exhaustivo de ambas ediciones teniendo en cuenta los originales, así como los diversos materiales que con el tiempo han ido apareciendo. Por desgracia, todo ello provocó que mi alegría ini-

65. Véase también la carta del 5 de octubre de 1890 (p. 117), la del 31 de diciembre de 1894 (p. 200), la del 26-27 de diciembre de 1895 (p. 217), así como la fechada el 31 de diciembre de 1896 (p. 229). La madre pensaba que su mejoría, o al menos su no empeoramiento, respondía sobre todo a los continuos paseos que pudo dar con Nietzsche durante los primeros años que le pudo cuidar en Naumburg (véase la carta del 27 de marzo de 1896, p. 222; así como la del 2 de julio de 1896, p. 225). De hecho, ya el 30 de diciembre de 1891 Franziska le comunicaba a Overbeck que «su aspecto y su estado físico se pueden considerar del todo normales y es evidente que los paseos diarios de tres a cuatro horas han contribuido a ello».

cial no sólo se volviese melancólica, sino que incluso se transformase en profunda desilusión ante lo que poco a poco iba desvelando nuestro trabajo. La conclusión no podía ser más desalentadora: ni a nivel textual, ni a nivel de traducción, ni, menos aún, a nivel de edición, estas publicaciones estaban a la altura que los documentos aquí presentados requieren. Es más, incluso aún nos preguntamos cómo es posible que se haya dado un grado tal de descuido a la hora de tratar estos textos, aunque en el fondo no es tan sorprendente teniendo en cuenta la decadencia de la ya de por sí pobre y cansina cultura española.

En conclusión, tenemos que admitir que aunque por fin hay una edición en español de estos fundamentales textos —quede manifestado una vez más nuestro más profundo agradecimiento tanto a Siete Mares como a Errata naturae por su iniciativa, así como por su valentía a la hora de afrontar esta difícil empresa—, la calidad con la que éstos han sido presentados deja muchísimo que desear, pues ni de lejos se ha realizado lo que se hubiese podido hacer si se hubiese tenido un mínimo de cuidado y la cuestión hubiese estado en manos de especialistas en Nietzsche, que en España, mal que pese a algunos, los hay. Es una auténtica lástima y una oportunidad perdida de llevar a cabo un admirable trabajo de edición que hubiese podido ofrecer al lector español unos textos imprescindibles para el conocimiento de los últimos años de Nietzsche, así como de la visión que de él tuvo su siempre fiel amigo Franz Overbeck, quien no dudó en calificarle de «héroe de la libertad»<sup>66</sup>.

Antonio Morillas Esteban  
Universidad de Barcelona

66. *Freiheitshelden*, así se refiere Overbeck a Nietzsche en una carta a Gast fechada el 20 de enero de 1889 (*Briefwechsel*, cit, p. 212). Una muy emotiva forma de nombrar a su amigo a los pocos días de contemplar su derrumbe psíquico, de hacer el terrible viaje con él desde Turín hasta Basilea, de verle internado en el psiquiátrico de la ciudad y de despedirse de él, pues la madre le trasladó el 17 de enero a Jena.